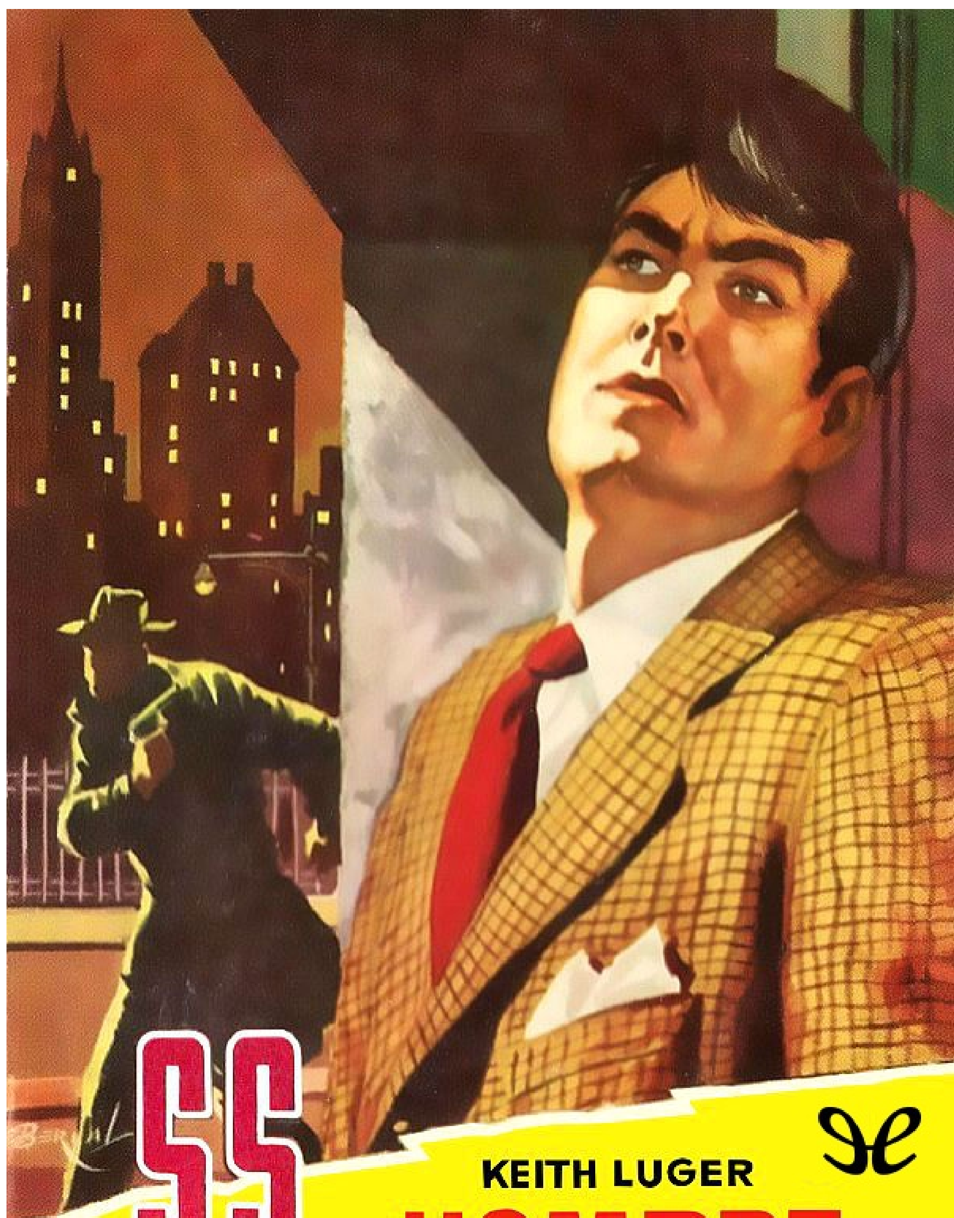


KEITH LUGER

HOMBRE ACOSADO

Jimmy Channing corrió desesperado por aquel callejón oscuro.

Sus pasos resonaban como un tableteo. Ellos también los oirían y al fin le darían caza. Con este pensamiento se detuvo y pegóse a la pared, justo en el hueco de una vieja puerta.

Escuchó los latidos de su corazón en el pecho. Sacó el pañuelo y se secó el sudoroso rostro.

Era una noche calurosa como no había habido otra en aquel mes de agosto.



Keith Luger

Hombre acosado

Bolsilibros: Servicio Secreto - 412

ePub r1.1

jala y xico_weno 09.12.17

Título original: *Hombre acosado*
Keith Luger, 1958
Ilustraciones: Antonio Bernal

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





Keith Luger

Hombre acosado

1ª. EDICIÓN

JUNIO 1958

EDITORIAL  BRUGUERA

Proyecto, 2-T 284453 BARCELONA (6)

HOMBRE ACOSADO



por

KEITH LUGER

CAPÍTULO PRIMERO

Jimmy Channing corrió desesperado por aquel callejón obscuro.

Sus pasos resonaban como un tableteo. Ellos también los oirían y al fin le darían caza. Con este pensamiento se detuvo y pegóse a la pared, justo en el hueco de una vieja puerta.

Escuchó los latidos de su corazón en el pecho. Sacó el pañuelo y se secó el sudoroso rostro.

Era una noche calurosa como no había habido otra en aquel mes de agosto.

Pensó que quizá había conseguido burlarlos y que en tal caso podría tener un par de horas de respiro. Durante ese tiempo arreglaría sus cosas.

Por arriba de su cabeza le llegó el sonido de una trompeta. Entonces se dio cuenta de que se encontraba en la parte trasera de una casa, cerca de la escalera de incendios. En uno de los pisos alguien ensayaba el instrumento. Luego oyó el chillido de un niño que lloraba y un padre impaciente soltó un exabrupto.

Channing se buscó el paquete de cigarrillos, pero recordó que los había terminado y lanzó una imprecación entre dientes.

De repente pudo precisar el sonido de unos pasos a lo lejos, al fondo de la calleja. Se aplastó contra la pared.

Los pasos se detuvieron.

Dobló la cabeza y creyó que la sangre se le helaba en las venas cuando vio la figura, allá a lo lejos, recortada sobre la claridad del fondo.

Era uno de sus cazadores. El más alto. Ahora estaba sospesando la posibilidad de que él, Jimmy, hubiese elegido el callejón para esconderse.

Channing clavó los dientes en el labio inferior. Estaba

conteniendo la respiración. El alto tenía una pistola con silenciador y no vacilaría en apretar el gatillo en cuanto lo descubriese.

Sintió que se movía. Ya había empezado a andar. ¡Y venía hacia dónde él estaba!

Intentó tragar saliva sin conseguirlo. Los pasos se fueron acercando.

Channing se aplastó más contra la pared.

El alto estaba a una distancia de menos de diez yardas. La distancia se fue acortando.

Lo vio junto a él y observó su rostro bulboso. Tenía la mano metida en el bolsillo de la gabardina y éste le abultaba mucho porque tenía dentro la pistola.

Channing no vaciló un segundo en estrellar el puño en el rostro del matón. Éste se desplomó lanzando un quejido, pero Jimmy vio que no sacaba la mano del bolsillo. Saltó sobre él y le pegó un terrible patadón en la muñeca.

Ahora el caído exhibió la mano libre al tiempo que lanzaba otro rugido.

Channing pensó que con sólo agacharse sobre él lo dejaría inconsciente. Sólo tenía que pegarle un golpe, pero desestimó a su enemigo o fue demasiado lento. Él otro alargó la garra sujetándolo por un tobillo y tiró de él.

Channing perdió el equilibrio y se desplomó en el suelo.

—Acabaré contigo —oyó que decía.

Channing se revolvió desplegando todas sus energías. Lo vio encima de él con la boca babeante y los ojos desencajados. Se estaba poniendo una manopla de acero en la mano derecha. Entonces Channing se levantó bruscamente atacándolo con la cabeza. Su frente chocó contra la cara del pistolero y sintió una extraña sensación al darse cuenta de que deshacía cartílagos y tejidos.

El matón lanzó un rugido y se desplomó hacia atrás con el rostro cubierto de sangre.

El golpe había sido tremendo. Channing lo sabía. Se levantó rápidamente y lo vio allí desvanecido.

Sacó el pañuelo y se limpió la frente. Miró al fondo del callejón. Seguía desierto, pero el compañero del que había dejado fuera de combate no tardaría en aparecer.

Vio la pistola tirada en el suelo y no vaciló en cogerla guardándola en el bolsillo. De pronto una voz rasgó la atmósfera.

—¡Marty!

Se quedó sobrecogido. Ahora lo recordaba. Aquel hombre que estaba tendido en el suelo se llamaba Marty. Así, pues, el otro asesino estaba allí fuera, a la salida del callejón.

No podía salir, a menos que tratase de hacerlo disparando. No; tenía todas las desventajas. El tipo con el que habría de enfrentarse era un pistolero profesional.

Otra vez oyó la trompeta. Miró hacia la escalerilla y de pronto se decidió. Empezó a ascender rápidamente en zigzag.

—¡Marty!

Los pasos resonaron otra vez al fondo, al comienzo del callejón. Se estaban acercando a la entrada.

Channing vio a su lado una ventana abierta, y sin titubear, se coló dentro, silenciosamente, como un gato. Se quedó allí en cuclillas respirando otra vez entrecortadamente.

La habitación permanecía a obscuras, pero sus ojos estaban acostumbrados a ella. Vio a su derecha una mesilla de noche y un poco más allá una cama. Sobre ésta había alguien. Oyó el trepidar de unos pasos en la calleja. El otro asesino había descubierto a Marty.

—¡Por todos los infiernos! —lo oyó barbotar—. ¿Qué es lo que te ha hecho? Marty no respondió. Continuaba privado del conocimiento.

Channing analizó otra vez su situación.

En cuanto Marty recobrase el sentido, los dos asesinos llegarían a la conclusión de que él no había podido escapar de la calleja.

Entonces subirían también por la escalerilla de incendios. Tal pensamiento lo hizo volverse para buscar una escapatoria.

Sus zapatos chirriaron. Se los había comprado dos días antes. Con aquel calor la piel estaba reseca.

El cuerpo que había en la cama se movió.

—¡Diana!

Era una voz de mujer.

Channing se quedó quieto, paralizado.

El *sommier* crujió nuevamente. La mujer se estaba despertando.

Channing presumió lo que iba a pasar. La mujer lo vería allí y

lanzaría un grito. Oyó el diálogo que mantenían abajo los dos *gangsters*.

—¿Qué pasó, Marty?

Siguió una exclamación y luego Marty dijo:

—Me pegó con la cabeza.

—Te destrozó bien la nariz.

—Le sacaré los ojos a ese hijo de perra.

—¿Por dónde se fue?

—¿Cómo quieres que lo viese? Me dejó sin sentido.

—Yo estaba a la otra parte y vi cómo te metías por aquí. No pudo salir, Marty.

Channing se mojó los labios con la lengua… Ya habían llegado a la conclusión. Volvió la cabeza otra vez.

La mujer bostezaba. Estaba despierta.

—¿Diana? —preguntó otra vez. Abajo dijo Marty:

—Esa escalerilla. Ha debido subir por ahí.

—Registremos antes el fondo del callejón —sugirió el otro.

—Ten cuidado. Me quitó la pistola.

La mujer se alzó en la cama restregándose los ojos. Channing avanzó agachado hacia el lecho.

La mujer sintió sus pisadas y se volvió con los ojos muy abiertos. Entonces Channing se arrojó sobre ella y le tapó la boca.

La mujer forcejeó tratando de librarse, pero él la apretó contra sí, sentado al borde de la cama, y dijo con voz suplicante:

—Por favor, cállese.

Vio los ojos agrandados de ella, negros, brillantes, fijos en los suyos, y añadió:

—No le voy a hacer ningún daño.

Los pasos de Marty y el otro se alejaron hacia el fondo del callejón.

—¿Me promete que no va a gritar? —preguntó Jimmy.

La mujer asintió con la cabeza. Entonces Channing le quitó la mano de la boca con un poco de miedo. Esperó que ella gritase a pesar del compromiso que había adquirido con él, pero no ocurrió nada de eso.

Channing exhaló un suspiro y se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano.

No apartaba sus ojos de los de la mujer.

—¿Lo persigue la policía? —preguntó de pronto la mujer.

—No —contestó Jimmy.

De nuevo oyó la voz de Marty abajo.

—Ya te lo he dicho, Bill. Ese tipo subió por la escalerilla.

—Bueno —contestó Bill—. Nosotros también subiremos. Channing sacó la pistola y la cama crujió de nuevo.

—¿Va a disparar contra ellos? —preguntó la mujer.

—No tengo más remedio —respondió Channing—. Es mi vida lo que está en juego. La pareja de asesinos comenzó a ascender por la escalerilla de incendios.

Channing se separó de la cama pegándose a la pared y notó que estaba tan caliente como él mismo.

Marty y Bill se habían detenido en el primer piso.

—Por aquí no ha podido entrar —dijo Marty—. Esta ventana no se ha abierto en varios años.

Channing se mordió el labio inferior hasta hacerse daño. Aquellos buitres cumplían su cometido a la perfección. Ahora seguirían subiendo, inspeccionando cada ventana, y cuando llegasen allí al tercer piso, donde él se encontraba… Interrumpió sus pensamientos al notar que la mujer se levantaba del lecho.

Volvió la cabeza preguntando rápidamente.

—¿Qué hace?

No la podía ver bien, pero era muy alta. Un rayo de luna cayó sobre sus piernas. Vio que estaban desnudas, y que se cubría con unos *shorts*.

—Estése ahí quieto —le dijo ella—. ¿Quiere?

—Sí —murmuró Channing sin saber hasta qué punto podría confiar en ella.

La mujer se acercó a la ventana, y alargó un brazo. Se oyó el ruido de una silla. Se sentó ante la misma ventana con las rodillas pegadas a la pared.

Marty y Bill continuaban subiendo. Channing vio la sombra de uno de ellos en la ventana.

La mujer estaba quieta, inmóvil, como si estuviese dormida. De pronto pareció despertar y al ver la cara que tenía enfrente, en el hueco de la ventana, lanzó un grito.

—No se asuste, señorita —dijo la voz de Marty. La mujer se llevó las manos a la garganta.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

—Buscamos a un hombre —dijo Marty.

Channing estaba pegado a la pared conteniendo el resuello, el dedo en el gatillo de la pistola, listo para disparar.

—¿Un hombre? —repitió la mujer.

—Sí —dijo Marty—. Nos quitó una bolsa de dólares y le perseguimos hasta ese callejón. Subió por la escalerilla. Tiene que estar en uno de los apartamentos de esta casa.

—Bueno, por aquí es imposible que haya pasado. Ya lo ve, he estado durmiendo en esta silla.

Dando por buena la explicación era imposible que un hombre hubiese podido entrar en la habitación sin que ella se diese cuenta. Eso era definitivo porque estaba pegada a la ventana. Marty lo debió de comprender así porque dijo:

—Sí, está claro —volvió la cabeza hacia abajo y añadió—: Sigamos arriba, Bill. Dos sombras alargadas treparon hacia el otro piso.

Channing cerró los ojos relajando los músculos. Luego abrió aquellos otra vez al tiempo de ver que la mujer cerraba la ventana.

—Gracias —dijo él—. ¿Por qué lo ha hecho? Ella se volvió quedándose inmóvil.

—Usted tiene una pistola.

Channing dejó pasar unos segundos y luego respondió:

—Sí; ha sido una pregunta estúpida por mi parte.

—¿Cuánto tiempo va a estar aquí?

—Me iré enseguida. Pero no puedo hacerlo por la ventana.

—Lo supongo. ¿Quiere venir conmigo? Ella se movió y abrió una puerta.

Channing guardó otra vez la pistola en el bolsillo de la chaqueta. En ese instante se hizo la luz en la habitación adyacente. Salió del dormitorio y se detuvo en el umbral del *living*. Ella, la mujer, estaba al fondo.

Era joven. No podría tener más de veinte años de edad.

Se cubría con una chaqueta de pijama de cuello redondo y los *shorts* que él ya conocía. Tenía las piernas bronceadas y eran perfectas. Su cabello era negro como los ojos. Tenía la frente abombada, los pómulos un poco salientes y la nariz respingona. Era esbelta.

Channing no estaba preparado para aquella visión. En conjunto aquella joven era una de esas mujeres que obligan a uno a detenerse en la calle y lanzar un silbido. Y ella lo había ayudado a librarse, aunque fuese momentáneamente, de Marty y Bill, representando aquella escena junto a la ventana.

De pronto recordó la naturalidad *con* que la joven había procedido, simulando despertar cuando Marty apareció en la ventana, y la ingenuidad que había puesto en el tono de su voz.

—¿Es usted actriz? —le preguntó.

—Sólo una aspirante. Estudio en la Academia de Arte Dramático.

—Triunfará.

—¿Sí?

—Despistó muy bien a esos tipos —dijo Channing.

—Resultó fácil.

Channing sacudió la cabeza.

—Ahora me tengo que ir.

Ella estaba cubriendo la puerta de salida y no se movió.

—Tiene las ropas sudadas —murmuró—. ¿No quiere descansar? Channing admiró sus grandes ojos y repuso:

—No quisiera buscarle complicaciones. Esos fulanos pueden volver, y además…

—¿Y además?

—Usted está esperando a Diana —hizo una pausa viendo cómo enarcaba ella las cejas y añadió—: La nombró cuando yo entré en la habitación.

—Oh, sí —sonrió ella abiertamente—. Es una amiga. Trabaja de taquillera en el cine «Ulises». Pagamos el apartamento entre las dos.

Hubo una embarazosa pausa y de pronto ella dijo:

—Le voy a preparar un poco de café. Sólo tendré que calentarlo. Está ya hecho. Sin esperar la respuesta de él se fue a la cocina.

Channing se pasó una mano por la mejilla. No; no podía continuar allí. Aceptar la taza de café significaría una pérdida de tiempo. La chica se portaba bien y tenía la sensación de que no había encontrado en mucho tiempo una compañía tan grata como la de ella, pero debía salir de allí cuanto antes.

Adoptada la resolución, recorrió la distancia que lo separaba de la puerta y abrió ésta despaciosamente.

Asomó la cabeza por el corredor. No había nadie. Salió fuera y cerró con la misma suavidad. Vio la puerta del ascensor, pero decidió no utilizarlo y dirigióse hacia la escalera.

Descendió a la planta siguiente y maldijo otra vez sus zapatos por el ruido que armaban cada vez que daba un paso.

De pronto oyó unas voces y se quedó quieto, paralizado. Venían de lo alto, dos o tres plantas más arriba.

—Ya le advertí que estaba equivocado —exclamó una voz aviejada—. ¿Cree que iba a entrar un hombre en mi apartamento sin que me diese yo cuenta?

—De acuerdo, gordinflón.

Era la voz de Bill, el compañero de Marty.

—No me llame gordinflón —chilló la voz del inquilino.

—Como quiera, gordinflón —respondió Bill.

Channing oyó un gran portazo y luego unas pisadas. Siguió allí, inquieto. De pronto los pasos cesaron y una voz gritó desde arriba:

—¡Marty! ¿Estás ahí ya?

—Sí, aquí estoy —contestó Marty desde abajo. Channing sintió una sacudida en la médula.

Aquellos truhanes lo habían pensado bien. Mientras uno, Bill, investigaba en los apartamentos, el otro se había quedado abajo junto a la puerta de la calle para evitar que se les escapase la pieza.

—Voy a preguntar en la cuarta planta —anunció Bill y descendió por la escalera.

Ahora Channing calculó que la joven en cuyas habitaciones se había metido vivía en la tercera planta. Esperó hasta que los pasos de Bill se perdieron en el corredor y entonces subió otra vez muy lentamente para evitar que sus zapatos produjesen demasiado ruido.

Apretó el timbre de la puerta por la que minutos antes había salido. Oyó unos pasos y apareció la joven.

Él se puso un dedo en los labios recomendándole silencio y se metió dentro cerrando inmediatamente.

—Pensé que se había marchado —dijo ella.

—Están ahí fuera —dijo él—. Buscando en todos los pisos. Uno de ellos permanece abajo.

—Caramba. Debe de ser usted un hombre muy importante.

—Para ellos quizá lo sea. —Jimmy hizo una pausa y se mojó el labio inferior con la lengua—. ¿Tiene ahí el café?

—Siéntese, ahora mismo se lo traigo.

Channing se dejó caer en un sillón mientras ella iba a la cocina. Poco después la joven regresó con una bandeja en la que había dos tazas de café con sus cucharillas y un azucarero.

Cada uno tomó una taza y después de servirse el azúcar lo bebieron a pequeñas dosis. Channing miró a la joven.

—Siento molestarla otra vez, pero ¿me puede dar un cigarrillo?

Ella afirmó con la cabeza y dejó su taza sobre la bandeja. Se levantó, fue a su dormitorio y poco después regresó con un paquete.

—Supongo que tampoco le quedan fósforos —sonrió.

Channing asintió con la cabeza. Encendió con la llama que ella le acercó y luego la joven prendió fuego también a un cigarrillo y volvió a sentarse frente a Jimmy.

Channing dijo:

—Será mejor que se lleve esa bandeja a la cocina. Ellos pueden entrar.

—Piensa en todo —dijo ella.

Channing no respondió, limitándose a encoger un hombro.

La muchacha retiró el servicio de café y en el momento en que regresaba sonó el timbre de la puerta.

Los músculos faciales de Channing se atirantaron.

Hubo unos momentos de suspenso. Finalmente la joven se metió en el dormitorio y regresó poniéndose un batín que anudó a su cintura.

—Vaya a la cocina, y llévese su cigarrillo.

Channing se movió aprisa y una vez en la cocina sacó la pistola mientras prestaba atención a lo que sucedía en la puerta.

—Buenas noches, pimpollo —dijo Bill. Oyó el bostezo que soltaba la joven.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó después.

—Busco a un tipo alto, moreno, de facciones duras, ancho de hombros.

—Caramba, está usted describiendo a mi tipo ideal —respondió la joven. Bill soltó una risita.

—¿No puedo ser yo ése?

—No me gustan los substitutos. Si encuentra a ese hombre que busca, envíemelo.

—No cierre tan pronto, pimpollo. He de echar un vistazo al

apartamento.

—¿Es de la policía?

—Como si lo fuese, pequeña. La joven soltó un gritito.

Channing supo por qué la joven se asustaba. Bill acababa de exhibir una pistola. No había duda respecto a esto.

—Está bien —dijo ella—, pase si quiere. Bill entró e hizo un comentario jactancioso.

—Es un bonito nido, pimpollo.

Channing sintió deseos de salir fuera para cerrar la boca del bravucón, pero se contuvo a tiempo.

—¿Qué es aquello? —preguntó Bill.

—¿No vio nunca un cuarto de baño? —retrucó la joven.

Bill inspeccionó el cuarto de baño y luego pasó al dormitorio de ella. Volvió al *living* y la muchacha dijo:

—¿Está convencido ya?

—Me falta algo, pimpollo. —Bill hizo una pausa—, la cocina. Channing apretó con más firmeza la culata de la pistola.

De pronto vio que Bill aparecía. Le quiso asestar un golpe en la cabeza, pero Bill lo vio por el rabillo del ojo y dio un salto.

Channing creyó que el fallo le iba a costar la vida.

Fue una décima de segundo, pero su pistola siguió descendiendo y chocó con la de Bill.

Ambas armas cayeron al suelo.

Jimmy era rápido de reflejos y supo que ahora tenía mayores probabilidades. Bill no era tan alto ni tan fuerte como Marty. Le descargó un izquierdazo en el estómago y el pistolero se arrugó, pero aun así tuvo fuerzas para golpear en el hígado de Channing, el cual salió lanzado hacia atrás.

Bill lanzó un grito de triunfo y se agachó para coger la pistola, pero en ese momento unas manos lo empujaron por detrás y se derrumbó en el suelo.

Channing se quedó quieto, asombrado. Era la joven quien lo había librado de morir. Bill se levantó soltando una maldición.

—Conque lo has ayudado, ¿eh, pimpollo? —Sus ojos brillaron enfebrecidos—. También tendrás tu merecido.

Channing lo atacó con furia reconcentrada, diciéndose a sí mismo que debía terminar con él en el más breve plazo posible.

Logró conectarle un puñetazo en el pómulo. Bill replicó con un

izquierdazo, pero éste no llegó a su destino porque Channing desvió ligeramente la cabeza. Luego el joven volvió a golpearle el estómago, una, dos, tres veces.

Bill se desinfló abriendo la boca para tragar aire. Era la gran oportunidad para Jimmy y éste la aprovechó bien soltando un terrible gancho a su enemigo en el maxilar inferior.

Bill golpeó la columna vertebral contra la pileta, puso los ojos en blanco y desplomóse inerte en el suelo.

Channing lo miró, todavía con los puños apretados dispuesto a seguir peleando. Poro Bill no se movió.

CAPÍTULO II

—¡Váyase! —exclamó la muchacha.

Jimmy levantó la mirada contemplando a la joven. En un instante se percató de la situación y dijo:

—Usted no puede quedarse.

La muchacha frunció el ceño como si no comprendiese el sentido de aquellas palabras.

—¿Qué dice?

—Ya lo ha oído. No puede quedarse. Bill la conoce a usted ahora perfectamente. Se vengará porque me ayudó a escapar.

—No se preocupe por mí. Llamaré a la policía.

—¡No puede hacer eso! —exclamó Jimmy.

—¿Por qué no?

—Porque… No le serviría de nada. A estos tipos les tiene sin cuidado los representantes de la Ley.

La joven cruzó los brazos.

—Me asombra usted. Jamás he oído tales conclusiones.

—Ha de venir conmigo.

—¿Quiere decir que lo voy a acompañar a usted en su huida?

—Terminará pronto y entonces podrá volver usted a su apartamento tranquila, sin temor a nada.

La muchacha dejó caer otra vez los brazos a lo largo de sus costados.

—¿Qué es lo que le pasa a usted?

—No puedo contárselo ahora. Lo haré más tarde. Hemos de darnos prisa. Traiga cualquier cosa que sirva para atar y amordazar a este hombre. Burlaremos a su compañero escapando por la escalerilla de incendios.

Ella parpadeó varias veces como si titubease, pero finalmente

dio media vuelta y desapareció de la cocina.

Poco después regresó trayendo una sábana y unas tijeras que alargó a Jimmy. Éste lo cogió todo y dijo:

—Vístase mientras tanto, pero no pase mucho tiempo en el tocador. No vamos a ninguna fiesta.

La joven sintió con la cabeza y volvió a marcharse.

Jimmy actuó rápida y eficazmente. Minutos más tarde había terminado su labor con Bill, quien poco a poco recuperó el conocimiento y emitió una serie de gruñidos porque no podía hablar. Forcejeó con manos y pies, pero al darse cuenta de que estaba bien atado desistió de su empeño y miró con ojos cargados de odio al hombre que debía haber cazado y que por el contrario lo había hecho su prisionero.

Jimmy se puso en pie y dijo:

—Debiera matarte, Bill. Es lo que vosotros ibais a hacer conmigo. Te juro que lo hubiese hecho de no ser por la chica. Ella nos ha salvado a los dos, primero a mí luego a ti.

Oyó un taconeo y la joven apareció cubriéndose con un vestido de escote en uve, sin mangas. Sus brazos eran redondos, tentadores. Se había maquillado levemente.

—Estoy lista —anunció.

Jimmy fue hacia ella y se volvió haciendo un saludo con la mano a Bill.

—Apártate de mi camino, muchacho —le advirtió—. La próxima vez es posible que sea más duro.

Bill soltó otro gruñido que debió equivaler a una maldición. Luego Jimmy se volvió y cogió a la joven por el brazo. Se dirigieron al dormitorio.

—Yo bajaré primero —dijo Channing, junto a la ventana—. Marty ha podido cansarse de esperar y aparecer en cualquier momento por el callejón.

Pero no ocurrió nada.

Descendieron al asfalto y detuviéronse unos instantes.

Arriba, el tipo de la trompeta continuaba ensayando, pero indudablemente el niño se había dormido.

—¿Dónde vamos? —preguntó la joven.

—Lo pensaré por el camino —contestó él—. Larguémonos de aquí cuanto antes.

La volvió a coger del brazo con naturalidad y echaron a andar por la calleja. Antes de llegar a la esquina, Channing metió la mano en el bolsillo donde tenía la pistola y acarició con las yemas de los dedos la culata.

Asomó la cabeza. No, delante de la casa no estaba Marty. Permanecía dentro, seguramente junto a la escalera, de centinela.

Doblaron hacia el otro lado. Apenas habían recorrido cinco yardas vieron llegar un autobús.

—¡Corra! —dijo Jimmy.

Sólo había dos personas esperando y subieron detrás de ellas.

El autobús en la parte de arriba estaba casi vacío. Se sentaron y Jimmy echó la cabeza hacia atrás cerrando los ojos mientras emitía un suspiro.

La joven dijo:

—Si esto lo cuento a tía Marta seguro que gano el premio de cien dólares. Jimmy solamente dobló la cabeza y enarcó las cejas.

—¿Qué es eso? —inquirió.

—Tía Marta es la periodista del «Journal» que lleva la sección «Cuéntenos su historia». Dan un premio semanal de cien dólares a la más interesante —hizo una pausa—. ¿Se da cuenta? Hace media hora yo me encontraba en la cama durmiendo tranquilamente y en ese corto espacio de tiempo me ha ocurrido lo más increíble del mundo.

Jimmy Channing sacudió la cabeza. La joven parpadeó otra vez y dijo:

—¿No sonríe usted nunca? Él eludió la respuesta y dijo:

—Estoy pensando que tuvo muy mala suerte cuando elegí precisamente su ventana para entrar.

—Yo también le podría echar la culpa al enorme calor que hace. Se me ocurrió abrir la ventana cuando ya estaba en la cama y tuve que levantarme. Las cosas pasan porque tienen que pasar.

—Es posible.

Channing se apretó el puente de la nariz.

—¿Está cansado? —preguntó ella.

—Un poco.

Se produjo un silencio que rompió ella con una suave tos. Luego dijo:

—Todavía no nos hemos presentado… Yo me llamo Ann Holden.

—Jimmy Channing —respondió él sin mirarla. Ella se humedeció los labios con la lengua y dijo:

—Trabajo en mi casa, de mecanógrafa. Le paso a limpio los originales a un novelista. Son novelas policíacas. Me entretengo y de paso gano algún dinero. Con ello como y me pago las clases en la academia. Formo parte también del cuadro de actores de un teatro de ensayo. Por ese trabajo no cobro nada. Me sirve de experiencia.

Jimmy la escuchaba pellizcándose el labio inferior.

—Es usted extraña.

Ella volvió la cabeza y sonrió.

—¿Por qué?

—Usted misma ha dicho antes que esta noche ha protagonizado algo excepcional y se me pone a hablar tranquilamente de lo que usted hace en su vida ordinaria.

—Bueno, es lo que yo digo. ¿Por qué preocuparse?

—Sí —admitió él pensativo—. Quizá tenga razón.

—¿Y usted a qué se dedica? —Guardó un silencio y al ver las arrugas que aparecían en la frente de él se apresuró a decir—: Soy muy indiscreta.

Él se echó hacia delante en el asiento. Sacó el pañuelo y secóse las palmas de las manos.

—¡Este maldito calor! —murmuró.

—Leí el parte metereológico del «Journal» de esta noche —dijo ella—. Según parece tendremos tormenta pronto. Me gustan las tormentas. Quizá entonces deje de hacer calor.

Channing emitió solamente un gruñido y preguntó:

—¿Se ha traído los cigarrillos?

—Ajá.

Ann Holden abrió el bolso que tenía sobre el regazo y extrajo el paquete. Encendieron los dos y expulsaron sendos chorros de humo.

De pronto él volvió la cabeza hacia ella y dijo:

—Ya sé dónde tengo que ir, pero usted no puede acompañarme. La dejaré en un hotel.

Naturalmente yo correré con los gastos.

—He perdido el sueño y, si me da a elegir, prefiero ir con usted. Él meneó la cabeza en sentido negativo.

—No. Es peligroso.

El autobús se estaba deteniendo.

Él se levantó de pronto y la cogió del brazo tirando de ella. Bajaron rápidamente.

Permanecieron en la parada viendo cómo el coche se alejaba. Estaban en una calle donde había muchos bares abiertos.

La música de las vitrolas escapaba por las puertas en una horrísona mezcla. Una pareja de enamorados pasó por la acera, apretado uno contra el otro. Jimmy Channing echó a andar llevando cogida a Ann Holden.

Se detuvieron ante unas luces de neón color azul que se encendían y se apagaban. Era el anuncio de un hotel, el «Imperial».

—Aquí estará bien —dijo Jimmy. Ella se dejó conducir adentro.

Un hombre medio calvo estaba ante un mostrador leyendo un periódico.

—Quiero una habitación —dijo Jimmy.

El calvo dejó de leer y miró a ambos. Luego abrió un libro de registros y señaló con el dedo el lugar que debían rellenar.

—Es mi hermana —dijo Jimmy—. Sólo se va a quedar ella. El otro emitió un gruñido.

Jimmy cogió la pluma y la mojó en el tintero. Escribió en un casillero Sally Marti y se lo mostró a Ann para que lo viese.

—Firma ahí, Sally —le dijo.

Ann cogió la pluma y firmó con el nombre que Channing le había dado. El calvo estaba esperando con una llave en la mano.

Jimmy la cogió y se la entregó a Ann.

—Volveré temprano por ti —dijo.

—De acuerdo —contestó Ann—, pero ten cuidado, ¿quieres?

Jimmy la miró a los ojos e hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Entonces Ann se puso de puntillas y lo besó en la comisura de los labios muy suavemente.

Jimmy sintió un ramalazo en la médula y desvió la mirada hacia el calvo que los estaba mirando.

Luego giró bruscamente y salió a la calle.

Echó a andar hacia arriba acariciando otra vez la pistola que tenía en el bolsillo. Consultó su reloj. Eran las diez y media. Todavía podía hacer muchas cosas.

Llegó ante una parada de taxis y se metió en el último de la fila.

—¿Dónde vamos? —preguntó el conductor volviendo la cabeza.

—«Club Palmera».

Veinte minutos más tarde descendió en su destino.

Abonó la carrera y cuando el taxi se alejó metió las manos en los bolsillos y echó una ojeada al lugar a que se dirigía.

De la fachada sobresalía un anuncio luminoso. Era una palmera que encendía primero el tronco y luego cuatro palmas, dos por cada lado. En la puerta había un tipo grandullón galoneado de verde. Channing pasó junto a él sin mirarlo y descendió por una escalera. Las paredes estaban cubiertas por fotografías de las artistas que trabajaban en el local, algunas de ellas no muy abrigadas.

Pasó al interior del local.

Era la primera vez que lo visitaba. Lo catalogó como un establecimiento de tercera fila entre los de su clase. Una pista circular al centro, tres hileras de mesas alrededor y la orquesta al fondo. Las mesas estaban en la sombra.

Había bastante afluencia de público. Vio una mesa vacía y la ocupó.

Un mozo pareció brotar del suelo.

—¿Qué va a tomar?

—Un *whisky* —pidió Jimmy.

Sólo tardó dos minutos en traérselo.

—¿Qué le debo? —preguntó Jimmy.

—Dos dólares.

Channing sacó un fajo de billetes y puso cinco dólares sobre la mano tendida del mozo.

Éste contempló el dinero y miró al cliente con las cejas enarcadas.

—No todo es propina —dijo Jimmy. Hizo una pausa y añadió—: Quiero ver a Ivonne.

—Está ahora en su camerino, preparándose para su número.

Jimmy bebió de un trago los dos dedos de *whisky* que había en el vaso y se levantó. El mozo no se había ido todavía y advirtió:

—Tenga cuidado. A Frank no le gustan los visitantes de Ivonne.

—¿Frank? —inquirió Jimmy.

—El gerente del local.

—Gracias por el aviso. ¿Por dónde he de ir?

—Abra la puerta que está más cerca del bar. Tercera puerta del corredor.

Jimmy encontró fácilmente la puerta y avanzó por un pasillo después de cerrar a sus espaldas. Tuvo que hacerse a un lado para dejar paso a una pintarrajeada rubia que se iba estirando la falda de su vestido de lentejuelas. La rubia se volvió hacia él.

—¿Busca a alguien?

—Ya sé el camino.

—¡Qué pena! —exclamó la rubia y siguió andando hacia adelante.

Channing puso la mano en el tirador de la tercera puerta y lo impulsó hacia abajo. Pasó y cerró.

El camerino no era muy espacioso. Enfrente había un tocador con su espejo y a la derecha un biombo. Detrás de él se movía alguien.

Vio un paquete de cigarrillos y un encendedor sobre el tocador. Avanzó despacio, pero sus zapatos crujieron.

—¿Tommy? —inquirió una voz femenina.

Channing se detuvo, sacó un cigarrillo del paquete y le prendió fuego con el encendedor.

Por un lado del biombo asomó la cabeza de una mujer; Era pelirroja, de rostro bello, ojos almendrados, nariz recta y labios muy rojos. Sus hombros desnudos tenían la blancura de la leche.

—¿Quién es usted? —preguntó frunciendo el ceño.

—Si le digo mi nombre se va a quedar igual. Ella lo midió de pies a cabeza.

—¡Qué interesante! —murmuró.

Escondió la cabeza tras el biombo y poco después reapareció, toda ella completa, anudándose un batín color morado.

—¿No sabe leer? —dijo mirando a Channing—. Hay un cartel que dice que está prohibida la entrada a todo personal que no pertenezca a la empresa.

—No me gustan las prohibiciones, Ivonne.

—¿Qué es; periodista?

—No, tampoco lo soy, pero la necesito a usted.

Ella hizo un gesto vago con la mano.

—Es usted un tipo grandote y, aunque no muy guapo, en otro tiempo me hubiese convenido, pero ahora me cogió con la bandera bajada. Otro llegó antes que usted.

Jimmy no alteró un músculo de su cara.

—No se trata de su persona, Ivonne. Busco a un tipo y creo que usted me puede proporcionar su pista para encontrarlo.

—¡Oh! ¿Quién es el fulano?

—Bing Evans.

La pelirroja parpadeó.

—¿Bing Evans? Es la primera vez que oigo ese nombre. Channing hizo una mueca y replicó:

—Déjese de historias.

—Le estoy diciendo la verdad. Tengo una memoria estupenda para los nombres y le aseguro que no he conocido a ningún tipo que se llamase así.

Channing concedió, haciendo un movimiento afirmativo con la cabeza, y se puso en pie. Dio dos pasos hacia la puerta y de pronto se volvió cogiendo a la mujer por la muñeca.

—¡Ya está bien de mentiras, pelirroja! —exclamó furibundo—. ¡Sabes bien a quién me refiero!

Ivonne forcejeó mientras decía:

—¡Está loco! ¡Suélteme! Pero él no la soltó.

—Escucha bien, monada. Tengo que dar esta misma noche con Bing. Es cuestión de vida o muerte para mí, ¿lo oyes? He de hablarle.

—¿Y a mí qué?

—Sé que él habló contigo hace tres días. Tenía mucha amistad contigo. Él te dijo seguramente dónde pensaba dirigirse.

—¡No conozco a ningún Evans! —insistió ella—. ¡Jamás hablé con él! ¡Está delirando! De pronto se abrió la puerta del camerino.

Channing volvió la cabeza y vio en el hueco a un hombre de unos cuarenta años de edad, robusto. No era mal parecido y se cubría con *smoking*, camisa impecable blanca y cuello de pajarita. Sus ojos brillaban con furia cuando dijo:

—¿Qué es lo que pasa aquí?

Ivonne dio un tirón y se desasió de la mano de Jimmy. Luego dijo:

—Este tipo entró aquí y empezó a comportarse de mala manera.

—¿Sí? —murmuró el recién llegado.

—¡Échalo, Tommy!

—Con mil amores, pequeña. Channing seguía inmóvil.

—¿No lo oyó? —dijo Tommy—. ¡Largo de aquí!

—Écheme usted —dijo Jimmy.

El hombre vestido de *smoking* avanzó rápido sobre Channing y de pronto le descargó un puñetazo.

Jimmy recibió el golpe en el hombro, porque se dobló hacia un lado, y replicó con un derechazo al hígado. Tommy lanzó un aullido, pero aún se mantuvo de pie y logró golpear con su derecha la cara de su rival, pero Channing había cogido el aire a las peleas. No hacía más de una hora que había mantenido la última. Estaba rabioso contra todos los que trataban de cruzarse en su camino.

Empleó la izquierda y Tommy la recibió en plena boca y salió lanzado contra el biombo, abatiendo éste y cayendo él también al suelo.

Ivonne lanzó un grito llevándose las manos a las mejillas.

Channing permaneció en el centro de la habitación esperando que su rival se rehiciese.

Tommy se incorporó soltando un escupitajo de saliva y sangre.

—¡Me las vas a pagar, palurdo! —dijo.

Se abalanzó otra vez sobre Jimmy, pero éste lo recibió con un golpe demoledor en el plexo solar. Tommy se tambaleó y hubiera caído sin necesidad de otro castigo, pero Channing lo fulminó con un golpe de derecha en la mandíbula.

Tommy se desplomó otra vez sobre el biombo y quedó boca arriba, privado del conocimiento.

Channing se volvió hacia Ivonne, sudoroso, con el cabello revuelto.

—Tú lo has querido, pelirroja. Sólo quería que me dieses el informe. Ivonne se humedeció con la lengua el labio superior.

—¿Policía, eh? —dijo.

—¡Maldita sea! No, tampoco soy policía. ¿Quieres decirme de una vez dónde puedo encontrar a Bing Evans?

—Conozco un sitio donde puede estar, pero no es seguro.

—Bien, dímelo.

—¿Conoce el puente Sherry?

—Sí.

—Siga por la orilla izquierda y verá un montón de casas fluviales. Bing Evans compró allí una de esas barcas hace poco más de un año. Sé que ha permanecido en ella algunas temporadas. Lo saben muy pocas personas. La barca se llama «La cacatúa».

—Gracias.

—Tiene sangre en la mano.

Channing se contempló la diestra cuyos nudillos estaban desollados. Echó una ojeada al desvanecido Tommy y dijo:

—Tu amigo tiene un duro maxilar.

Echó a andar hacia la puerta y antes de abrirla se volvió.

—Si alguien te pregunta por un tipo de mis señas di que no lo has visto.

—Seguro que lo haré.

Channing cruzó el local encaminándose hacia la calle.

Echó a andar por la acera y de pronto una voz a sus espaldas dijo:

—Hola.

Se volvió rápidamente y quedóse asombrado viendo frente a él a Ann Holden.

CAPÍTULO III

—¡Demonios! —exclamó, y a continuación Channing la tuteó—: ¿Qué haces aquí, muchacha?

La joven inició una sonrisa y luego dijo:

—No pude quedarme allá. Tomé enseguida la decisión de ir con usted.

—¿Quieres decir que me has seguido? Ella afirmó con la cabeza.

Channing apretó los labios.

—¡Ésta sí que es buena!

—¿Le molesta?

—No se trata de que me moleste. Has escogido el peor momento para elegir mi compañía.

Ella sonrió de nuevo.

—Apuesto a que se ha metido otra vez en jaleos ahí dentro —estaba señalando el club «Palmera».

—Sí, muchacha. Me he metido en un nuevo jaleo y por eso nos hemos de ir de aquí pronto.

La cogió del brazo e hizo señal a un taxi.

Una vez se metieron dentro Jimmy dijo al conductor:

—Hotel «Imperial». El vehículo arrancó.

Permanecieron en silencio y de pronto ella dijo:

—No quiero ir a ese hotel.

—No puedes ir a tu casa —siguió tuteándola él.

—Tampoco quiero ir a mi casa.

—Entonces, ¿qué infiernos quieres? —preguntó Jimmy apretándole un brazo. Ella volvió la cara hacia él.

—Quizá le pueda servir de ayuda. Él hizo una mueca.

—¿A qué viene eso? ¿Por qué ha de prestarme ayuda?

—Yo tampoco sé explicármelo. Quizá sea porque ha despertado

mi interés.

—¡Eso es una tontería!

—No, no lo es. Me falta conocer el comienzo de la historia y también el final.

—¿Es eso, eh?

—¡Sí!

Sus caras estaban muy juntas y Channing sintió el suave calor que emanaba el cuerpo de ella y entonces se percató de que el brazo que tocaba era suave, de piel tersa.

La soltó de repente echándola hacia atrás.

—¡Está bien! —exclamó con voz fuerte—. ¡Chofer! El conductor volvió la cabeza.

—¿Qué pasa?

—No vaya al hotel. ¿Conoce el puente Sherry?

—Sí.

—Déjenos lo más cerca posible, en la orilla izquierda. El chofer soltó un gruñido de asentimiento.

Channing se arrellanó en el asiento.

Al cabo de un rato la joven emitió una risita y buscó en su bolso. Luego dijo tuteándole por primera vez:

—Apuesto a que todavía no has comprado cigarrillos.

Jimmy negó con la cabeza y cogió el que ella le alargaba. Ambos encendieron.



El golpe fué fulminante.

Fumaron en silencio y Ann Holden no se atrevió a interrumpir los pensamientos de Channing.

Mucho más tarde, el taxi se detuvo y el conductor anunció:

—Hemos llegado al puente Sherry.

Jimmy tiró el cigarrillo por la ventanilla y se volvió hacia Ann.

—Me vas a esperar aquí, muchacha… Y eso es algo que no admite respuesta.

—¿Cuánto vas a tardar? —preguntó ella.

—No lo sé. Eso depende. —Jimmy hizo una pausa y bajó la voz para añadir—: Si dentro de una hora no estoy aquí, vete a la policía y cuéntale tu historia.

Ann movió de arriba abajo la cabeza.

Jimmy le apretó una mano y saltó fuera del coche cerrando con fuerza la portezuela. Empezó a alejarse siguiendo la orilla izquierda del río. Un poco más allá comenzaban las casas fluviales, antiguas barcas que habían sido acondicionadas para que sirviesen de viviendas. En algunas de ellas brillaban las luces. La atmósfera pesada de la noche era rasgada por el lejano lamento de una guitarra.

Jimmy vio a un hombre que estaba fumando su pipa sentado en una silla de tijera, frente a una de las barcas. Se detuvo ante él y lo saludó:

—Buenas noches.

El otro volvió la cabeza. Era un viejo, tendría unos sesenta años y sus ojos eran pequeños, pero todavía refulgían como ascuas.

—Buenas noches —correspondió al saludo.

—Busco una barca: «La cacatúa».

El viejo se quitó la pipa de los labios y señaló hacia arriba.

—Es la octava a partir de la mía, pero no sé si encontrará a alguien, hijo.

—¿No está Bing Evans?

La guitarra cesó de tocar a lo lejos.

—No lo he visto en toda la semana. Creí que estaría fuera. Bing siempre está haciendo viajes.

—Gracias, abuelo.

Jimmy siguió hacia delante y detúvose en el lugar que le había indicado su guía.

No había ninguna luz. De la orilla partía un puente de tablones que conducía a la barca. La vivienda era muy sencilla y había sido hecha aprovechando la antigua cabina de la barca. Sobre la puerta, en letras blancas aparecía el nombre. «La cacatúa».

De pronto sonaron muy cercanas las notas de la guitarra y una voz aterciopelada, femenina, cantó en español:

«Amor, amorcito mío, te marchaste sin decirme adiós».

Channing volvió la cabeza hacia la barca de la derecha, de donde venía la canción. Descubrió una mujer tendida sobre una

hamaca. Ella lo estaba mirando a él. Había una luz sobre su cabeza, pero no podía ver bien la cara de ella, sólo su contorno.

La mujer interrumpió la canción, pero siguió rasgueando la guitarra.

—¿Busca algo, forastero? —preguntó ella.

—Sí, a Bing Evans —respondió Jimmy.

—Él no está.

—Parece estar muy segura.

Hubo un silencio. La joven dejó de tocar la guitarra y luego dijo:

—¿Quiere venir aquí? Le puedo ofrecer un poco de cerveza. Channing sospesó la invitación y finalmente aceptó.

Pasó por el puente de tablones y se detuvo cerca de la hamaca. Observó a la mujer. Podía tener unos veintitrés o veinticuatro años y era extremadamente hermosa. Eso quedaba suficientemente probado porque ella se cubría con un vestido blanco de hilo fino que modelaba sus curvas. El escote era redondo y los brazos aparecían desnudos. Era muy morena y sus ojos eran grandes y negros, como el cabello.

Ella lo miró también de pies a cabeza y luego dejó la guitarra a un lado, en el suelo. Se sentó en la hamaca y alargó la mano hacia una pequeña nevera que había a la derecha. Abrió la puerta y extrajo un par de botellas.

—Si quiere vaso tendrá que ir dentro por él —dijo.

—Da lo mismo —dijo Jimmy y alargó la mano para coger una de las botellas.

La joven hizo uso del abridor, pero Jimmy se acercó al borde de la barca, apoyó la botella en la madera y pegándole un golpe con el puño cerrado hizo saltar la chapa.

La cerveza brotó burbujeante. Tiró un poco de espuma y bebió un largo trago. Oyó que la joven decía:

—Es usted muy fuerte. Apuesto a que también es capaz de romper nueces con el puño.

Él la miró y dijo:

—Vamos a hablar de Bing Evans.

—Oh, sí. Se marchó hace un par de días.

—¿Se despidió de usted?

—No, pero le vi marchar muy temprano. Yo duermo aquí estas noches —guardó un silencio y puntualizó—: Sola.

Abanicó las pestañas.

—¿No le dijo nada? —preguntó Jimmy y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Me va por la memoria algo. Dijo no sé qué relacionado con un paquete que llegaría a su nombre —hizo una pausa—. Me llamo Cruz y soy mejicana.

—¿Llegó el paquete?

—¿El paquete? —exclamó ella—. Oh, sí. Llegó —bebió un trago de cerveza del vaso y cuando lo separó de sus labios dijo—: Mi hombre, trabaja en turno de noche en una fábrica. Se va a las nueve y no regresa hasta las seis de la madrugada.

—Quiero ver ese paquete.

Hubo un largo silencio y ella dijo:

—¿Cómo se llama usted?

—Channing. Jimmy Channing.

—Entonces no puede verlo. El paquete es para Bing Evans —sonrió—. ¿Qué le estaba diciendo yo? Ah, sí, le estaba contando mi soledad.

Channing sacó un fajo de billetes del bolsillo y separó una buena parte de ellos.

—¿Le parecen bien veinticinco dólares? —propuso. Cruz entrecerró los ojos.

—No valen.

—¿Cincuenta?

La joven se desperezó en la hamaca y levantóse. Se dirigió hacia la puerta y allí se volvió poniendo un brazo en jarras.

—Te puede salir más barato —dijo.

No hubo respuesta por parte de Jimmy.

Ella abrió la puerta y le hizo señal a él para que la siguiese.

Pasaron dentro y ella dio la vuelta al conmutador.

Channing se encontró en una habitación donde había una mesa, varias sillas y un aparador.

Cruz se estiró la falda por detrás y se acercó al aparador.

Abrió la puerta de abajo y sacó un paquete envuelto en papel fuerte y atado con hilo de bramante.

Leyó la etiqueta en voz alta:

—Bing Evans, Avenida Sherry —levantó la mirada—. Es gracioso, llaman a este estercolero Avenida Sherry.

Se puso el paquete a la espalda y avanzó hacia Channing. Quedó muy cerca y levantó la cabeza.

—¿Y qué, grandullón?

—Tengo prisa —dijo él—. ¿Qué te parece si me das eso y vuelvo otro día? Los ojos de Cruz echaron chispas.

—Oh, no. Eso no.

Él sacudió la cabeza y pasó sus brazos por la cintura atrayéndola junto a sí. Ella lo esperó con los labios entreabiertos y él la besó.

La mano derecha de Channing cogió el paquete y dio un tirón. Entonces soltó a la joven y se separó de ella.

Cruz agitó el pecho embravecido mientras sus pupilas centelleaban.

—¿Qué es lo que te propones, bastardo?

Channing sacó otra vez el fajo de billetes del bolsillo y tiró un montón de ellos sobre la mesa.

—Ahí tienes los cincuenta dólares.

La joven dio un manotazo sobre la mesa tirando el dinero por el suelo.

—¡No los quiero! —gritó.

En aquel instante se abrió la puerta. Channing volvió la cabeza rápidamente y vio entrar a tres hombres, dos de los cuales esgrimían sendas pistolas. El que no iba armado estaba por los cuarenta años y era rubio. Se cubría con un traje gris y sombrero del mismo color. Tenía la boca muy ancha y parecía sonreír.

—¿Cómo está, señor Channing?

Jimmy miró el paquete que tenía en la mano y lo apretó con más fuerza.

El otro avanzó hacia él y después de echar una ojeada a la mejicana se volvió hacia Channing.

—Si no nos damos prisa usted hubiese conseguido su objetivo.

Jimmy se pasó una mano por la barba y mirando a su interlocutor replicó:

—¿Qué les parece si me dejan la vía libre? Están jugando sucio, muchachos, y esto siempre trae malas consecuencias.

—Usted es el único que va a terminar mal, Channing —dijo el hombre del traje gris—. Deme ese paquete.

Jimmy titubeó.

Los dos pistoleros levantaron sus armas apuntándole. Entonces

Jimmy alargó la mano e hizo entrega del paquete.
El tipo de la boca ancha lo cogió y leyó la etiqueta.
—¿Sabe cuánto vale esto, señor Channing?
—Sólo tengo una idea aproximada.
—Yo se lo diré. Un millón de dólares contantes y sonantes. Channing se clavó los dientes en el labio inferior.
—Un millón de dólares no es nada —dijo—. Hay cosas que valen más. El otro soltó una carcajada.
—Usted es un romántico, señor Channing, pero yo vivo de realidades. Le dejo en buena compañía.
Se dirigió hacia la puerta y cuando iba a salir giró la cabeza añadiendo:
—En sus últimos momentos recuerde que usted fue quien se metió en esto. No había necesidad de derramar sangre. ¿Está de acuerdo conmigo en eso, Channing?
Jimmy no contestó y el otro le hizo un saludo con la mano cerrando a sus espaldas. Los dos pistoleros continuaron inmóviles.
Cruz, la mejicana, estaba asustada y retrocedió unos pasos preguntando:
—¿Qué es lo que van a hacer?
El más alto de los pistoleros, de mentón partido y pómulos salientes, sonrió.
—Os vamos a liquidar, pequeña. Channing cerró y abrió los puños.
—¿Por qué a ella? —preguntó.
—Es de lo más sencillo, Channing. Ella ha visto nuestras caras. Si sólo te matamos a ti, tarde o temprano ella irá con el cuento a la policía.
—La muchacha no tiene nada que ver con el asunto —exclamó Channing—. Sólo se hizo cargo del paquete porque Bing Evans no estaba en su barca.
—¡Qué lástima!
Hubo Un largo silencio.
Cruz se cogía la garganta moviendo la cabeza de un lado a otro, como si tratase de convencerse de que aquella escena formaba parte de una pesadilla.
Channing trató de encontrar una salida a aquel atolladero.
No le podía valer ningún truco. Guardaba una pistola en el

bolsillo, pero si la intentaba sacar aquellos tipos lo agujerearían mucho antes de que lo pudiese conseguir.

De pronto se percató de que tenía muy cerca de él la lámpara central que gravitaba sobre la mesa. La lámpara consistía solamente en una bombilla central.

Tragó saliva.

—Armaremos mucho ruido —dijo el pistolero alto a su compañero.

—Eso se arregla enseguida —dijo el otro—. Aquí hay unos buenos almohadones. Se estaba refiriendo a los almohadones que había sobre una silla.

—¡Echate atrás, Channing! —dijo el de los pómulos salientes.

Jimmy en lugar de retroceder se desvió hacia la derecha y colocóse delante justo de la lámpara. Quería dar la impresión a sus verdugos de que se conformaba con su destino y estaba triste, abatido.

Los dos pistoleros lo observaron y entonces el más bajo se volvió para coger los almohadones.

Fue el momento propicio.

Channing pegó un puñetazo a la bombilla, se produjo una explosión y la habitación quedó a obscuras.

A renglón seguido levantó la mesa y la arrojó sobre el pistolero que se había quedado cerca de la puerta.

Se produjeron dos disparos y la mejicana empezó a dar gritos.

—¡Maldita sea, Joe! —gritó en la obscuridad el pistolero más bajo—. ¡No tires, me puedes matar!

Jimmy ya tenía la pistola en la mano. Sentía correr la sangre por sus nudillos porque se había cortado con los cristales de la bombilla. Se arrimó a la pared del lado de la puerta y observó el bulto que había en el suelo. Era uno de los pistoleros que se había acurrucado.

Dejóse caer sobre él y la culata de su pistola rasgó el aire. Oyó un chasquido seco y se dio cuenta entonces de que había golpeado en la cabeza de su enemigo.

Luego esperó unos instantes y percatóse de que el cuerpo que tenía debajo estaba inmóvil.

En el silencio se oyó la voz del matón superviviente.

—¿Sigues ahí, Joe?

Jimmy necesitaba a uno de ellos vivo, a aquel que había hablado. Hubiese sido muy fácil acabar con él ahora que había localizado el lugar en que se encontraba. Podría haberle vaciado tranquilamente las balas de su cargador haciendo uso de una pistola que no le pertenecía, la de Marty, otro de los perros carniceros que habían lanzado contra él para darle caza.

Se quitó los zapatos y empezó a deslizarse por el piso.

—¡Joe! —gritó el otro—. ¿Qué infiernos te pasa? ¡Háblame!

Jimmy cayó sobre él aplastándole contra el suelo. Inmediatamente le puso el cañón de la pistola en la nuca.

—¡Intenta algo y te salto la tapa de los sesos! —lo amenazó.

—¡No tire! —gritó el otro, muerto de pánico.

—¡Cruz! —exclamó Jimmy.

Del fondo de la habitación le llegó la voz de la joven.

—¡Estoy aquí!

—Encienda una vela o lo que sea. Ha pasado el peligro.

La mejicana se movió y poco después la habitación quedó iluminada con la llama de un quinqué de petróleo.

Channing observó al hombre tendido en el suelo en cuya cabeza tenía apoyada la pistola. Vio que una de sus manos esgrimía todavía el revólver. Con su mano libre se lo quitó y enderezóse.

—Vamos, ponte en pie.

Echó una ojeada al otro pistolero. Estaba de bruces junto a la puerta y de su cabeza manaba un chorro de sangre.

Cruz lanzó un grito al verlo.

Channing cogió por el cuello de la camisa al pistolero superviviente y lo aplastó contra la pared.

—¿Cómo te llamas?

—Rex Gruber.

—Muy bien, Rex. ¿Quién es el tipo elegante que vino con vosotros?

—No tengo idea.

—¿De veras?

Channing le golpeó con el cañón de la pistola en la mejilla. Gruber lanzó un grito de dolor y dobló la cabeza.

—Vamos, muchacho, no seas terco —dijo Jimmy—. Yo también sé convencer a una persona.

—Milton Williams —respondió Rex.

—Estupendo, ya vamos adelantando. ¿Dónde se dirigía?

—No lo sé.

Channing hizo una nueva señal para golpear a Gruber con la pistola y éste levantó la mano diciendo:

—¡No me pegue! ¡Se lo diré!

—¿Dónde?

—Williams ha de verse con un fulano en «La gaviota azul», un hotel de la playa.

—¿A qué hora?

—Hacia media noche.

—¿Y quién es ese fulano?

—No lo conozco ni tampoco he oído su nombre en mi vida. Channing hizo golpear la cabeza de Gruber contra la pared.

—¡Suéltalo!

—¡Le juro que no lo sé! ¡Esta vez le digo la verdad!

Jimmy lo miró unos instantes al rostro y finalmente terminó por soltarlo.

El hombre que estaba tendido junto a la puerta empezó a dar muestras de recobrar el conocimiento.

—Ayuda a tu compañero —dijo Channing a Gruber. Éste acudió junto a su amigo y poco después le ayudaba a levantarse.

—¿Qué hago ahora con vosotros? —preguntó Jimmy—. Si os dejo libres volveréis con Williams para avisarle de que no habéis podido acabar conmigo y eso es algo que no me conviene.

Gruber se mojó los labios con la lengua.

—Nuestra misión sólo consistía en venir aquí. Ya hemos terminado. No tenemos que volver con Williams. Si nos deja escapar, no volverá a ver nuestras caras. Puede estar seguro.

Channing sonrió. No podía aceptar como buenas las palabras de Gruber, pero tampoco estaba en su ánimo el disparar sobre ellos a sangre fría.

Tal como estaban las cosas debía dejar que se marchasen por su propio pie.

—Está bien —convino—. Lárguense y no vuelvan a cruzarse en mi camino.

El herido en la cabeza emitió un gruñido. Gruber le sostuvo por la cintura y poco después ambos salieron por la puerta cerrando a sus espaldas.

En la habitación quedaron a solas Channing y Cruz.

—En mi vida he pasado mayor susto —levantó la mirada para depositarla en los ojos de él—. ¿Te vas a quedar, verdad?

—No, muchacha. He de hacer en otra parte.

—Pero yo voy a tener mucho miedo.

—Ellos ya no tienen nada que hacer aquí, igual que yo. —Le dio un beso en la punta de la nariz y se desasió de ella.

La mejicana pegó una patada en el suelo y él se volvió cuando tenía la mano en el tirador de la puerta.

—Recuérdalo, preciosa —dijo—. Tu hombre está trabajando y tendrá muchas ganas de verte cuando vuelva.

La última imagen que tuvo de Cruz fue su cara, en la que brillaban sus ojos rabiosos. Desanduvo el camino que había seguido para venir y minutos más tarde se introducía en el taxi donde lo esperaba Ann Holden. Ésta dio un suspiro de alivio cuando él se sentó a su lado y luego dijo:

—¡Santo Cielo! No le deseo a nadie lo que he pasado. Él volvió la cabeza hacia ella y frunció el ceño.

—¿Cuánto tiempo he tardado?

—Cuarenta y siete minutos.

—Estuve a punto de no venir… Pero al final hubo suerte.

—¿Se ha acabado ya el misterio?

—Faltó muy poco para que todo se decidiese a mi favor, pero… las cosas se complicaron.

—¿Quieres decir que has de seguir buscando?

Channing sacudió la cabeza en sentido afirmativo y luego llamó con los nudillos en el cristal que los separaba del conductor. Éste hizo correr el cristal y enarcó las cejas.

—¿Ha oído hablar de «La Gaviota Azul»? —preguntó Jimmy—. Al parecer es un lugar de la playa.

—Sí, una especie de parador —contestó el conductor.

—¿Qué tal es aquello?

—Un negocio bien montado. Supieron gastarse el dinero en grande. Allí hay de todo lo que uno puede desear para divertirse. Está a unas quince millas de la ciudad.

—De acuerdo, llévenos allí.

El taxi arrancó y Channing se echó hacia atrás en el respaldo. Pasóse una mano por la frente y aceptó el cigarrillo ya encendido

que Ann le tendía.

Channing exhaló un chorra de humo y permaneció sumido en sus pensamientos.

—¿Qué hora es? —preguntó maquinalmente.

—Las once y media —contestó Ann, y de pronto la joven exclamó—: ¡Por todos los santos!

Channing la miró.

—¿Qué ocurre?

—¡Diana!… Me había olvidado de ella. Es la hora que regresa a casa y se va a encontrar allí con aquel hombre maniatado en la cocina… ¡Se morirá del susto!

—No tiene que preocuparse. Marty, el hombre que estaba abajo, hace mucho tiempo que lo ha debido libertar de sus ataduras.

—¿Está seguro?

—No hay lugar a dudas. Marty habrá esperado un rato y en vista de que no sabía de su amigo subiría a recorrer los apartamentos. El tuyo estaba con la puerta abierta. Le debió de costar muy poco tiempo dar con su compinche. —Jimmy bajó el tono de su voz—. Eso es lo malo, ellos tiran a liquidarme y yo no los puedo matar si no es en legítima defensa.

Sintió que Ann le cogía una mano.

—¿Por qué no me lo cuentas? Quizá con ello logres serenarte o dar con una solución.

Channing sacudió la cabeza.

—Todo esto lo estoy haciendo por mi hermano Bob. Él trabaja como técnico en Cabo Cañaveral.

—¿El lugar donde están ensayando los cohetes?

—Sí, allí mismo. Bob tiene un importante cargo. Trabaja en los archivos donde se recogen todos los resultados del trabajo realizado. La Prensa ha hablado mucho acerca de nuestro fracaso con el satélite artificial y de los lanzamientos de otros proyectiles. Todo el mundo cree estar al corriente de lo que pasa allí, pero hay algo muy importante que el mundo ignora.

Channing dio una chupada al cigarrillo y cuando expulsó el humo dijo:

—En cuanto nuestro país consiga poner en órbita un satélite artificial, automáticamente habremos conseguido el arma decisiva.

Sintió que la joven se estremecía y él prosiguió:

—Un grupo de especialistas ha conseguido montar sobre un satélite una bomba de hidrógeno. Por medio de un dispositivo teledirigido esa bomba puede ser expulsada del satélite contra cualquier punto determinado de la tierra. El satélite lleva en su interior un aparato televisor que recoge las imágenes del objetivo, trasladándolas por un canal único a una estación receptora. Es así como se consigue la seguridad matemática del blanco —se volvió a Ann—. ¿Lo comprendes? Contra tal arma no existe nada. El satélite giraría, alrededor de la tierra a una altura de treinta y cinco mil kilómetros y daría una vuelta a nuestro planeta cada veinticuatro horas. Ésas son las condiciones mínimas que los técnicos han establecido para llegar a la posesión de esa arma terrible que hará imposible todas las guerras.

—¡Es asombroso, Jimmy!

—Sí, se le eriza el vello a uno cada vez que lo piensa. Dentro de unos meses nosotros habremos conseguido colocar un satélite en el espacio terrestre y entonces sólo será cuestión de muy poco tiempo lograr el otro.

Hizo una pausa.

—A mi hermano Bob correspondía la custodia de todos los planos y documentos que se relacionaban con ese proyecto que recibió el nombre de «Pax Mundi».

—Channing dejó caer la punta del cigarrillo en el piso del coche y la pisó con el tacón. —En estos momentos todos los planos y documentos no están en el lugar donde debieran encontrarse. Los robaron.

—¿Cómo han podido hacerlo?

—Una cosa de éstas se consigue siempre por dinero o mediante engaño. Mi hermano Bob es un hombre a carta cabal y no hubiese vendido un secreto de los confiados a su cuidado ni por un millón de dólares.

Tuvieron que utilizar el segundo truco y para ello echaron mano de una mujer.

El conductor del taxi tomó una curva y tuvo que apartarse a un lado de la carretera para evitar entrar en colisión con un camión de gran tonelaje. Luego volvió al centro de la pista y Channing reanudó su relato.

—Mi hermano siempre ha sido muy estudioso, un hombre de

laboratorio, y se encandiló cuando una joven rubia se cruzó en su camino. Ella se llama Doris Evans. Se ganó enseguida la confianza de Bob en un par de semanas de coqueteo, hasta que una noche ella lo llevó a su apartamento. Bob estaba borracho y ella le sonsacó todo lo que quiso, cifras, claves secretas, en fin, todos los artilugios de que la organización de Cabo Cañaveral se ha valido para salvaguardar los experimentos que allí se realizan. El resultado de todo ello fue que anoche pegaron el golpe. Esta mañana cuando Bob apareció por el archivo hizo la revisión que acostumbra a hacer todos los días. Inmediatamente se dio cuenta de que faltaban unos documentos, los más importantes, los que se referían a los experimentos «Pax Mundi». Creyó volverse loco. Pidió permiso para ausentarse. No tardó en llegar a la conclusión de que Evans estaba relacionada con aquello. Fue a su apartamento, pero ella ya se había marchado sin dejar al administrador su nuevo domicilio. Anduvo por las calles desesperado sin saber qué hacer. Por fin se dejó caer en mi oficina de Miami. Yo trabajo como detective privado y en cuanto escuché a mi hermano suspendí todos los asuntos que tenía pendientes y le hice soltar todo lo que llevaba dentro. Especialmente me interesó lo relacionado con Doris Evans.

»Así me pude enterar de que la joven tenía un hermano, Bing Evans, un tipo bohemio que se veía a veces con Ivonne, una artista del club "Palmera". Doris y Bob habían ido al club varias veces. Con los escasos datos que mi hermano me dio, me puse a trabajar esta mañana a mediodía. Conozco bien Miami y sé dónde encontrar tipos que dan información a cambio de un poco de dinero. Invertí cerca de ocho horas en dar con la rubia. La encontré en un hotel de lujo. Me recibió muy sonriente, pero borró pronto la sonrisa de sus labios cuando le dije quién era yo y a qué iba allí. Esa Doris es terca y tuve que emplear mano dura para hacerla cantar. Ella misma le había sacado a Bob la clave de la caja fuerte en que se encontraban los documentos. Un tipo vino de Nueva York a hacer el trabajo. Robó los papeles y se los entregó a Doris. Ella hizo un paquete con todos y se los envió a su hermano. No sabía nada más. Doris es una chica de pocas luces. Solamente recibió cinco mil dólares por su trabajo, sin darse cuenta de que esos documentos valen muchos millones. Cuando estaba a punto de arrancarle el lugar en donde podía encontrar a su hermano aparecieron en el apartamento dos

tipos; Marty y Bill. Me encañonaron con sus pistolas y me dijeron que saliese delante de ellos. Estaba claro que me iban a dar el paseo. Salimos a la calle y me señalaron un coche negro. Logré asir la muñeca armada de Bill y tirar de él arrojándole contra Marty. Ambos rodaron por el suelo y yo eché a correr. Fue así como fui a parar a aquel callejón de la parte trasera de tu casa.

—Lo comprendo todo.

—Después de salir de tu apartamento recordé lo que me había dicho Bob de haber visto a Bing Evans en el «Palmera» hablando con Ivonne. Por ello fui a ese club a pedirle a Ivonne la dirección de Bing. Me dijo que pasaba temporadas en una barca que compró cerca del puente Sherry.

—¿Viste a Bing en la barca?

—Él no estaba. Bing debe de ser ajeno a todo este jaleo. Llegó el paquete en su ausencia y fue recogido por una mejicana que vive en la barca de al lado. Tuve el paquete en mi poder, pero fui sorprendido por otro par de pistoleros, y alguien que parecía su jefe, un tipo muy elegante me despojó de los documentos y me dejó en manos de sus sicarios para que me ultimasen. También logré escapar del apuro e hice cantar a uno de ellos. El tipo que se llevó el paquete está citado con alguien en el lugar a que ahora nos dirigimos.

Hubo un largo silencio.

—Jimmy.

—Sí.

—¿Por qué no acudes a la policía?

—No puede ser. Mi hermano sería acusado de traidor. ¿No te das cuenta? Él ha procedido de buena fe. Dos días a la semana, martes y sábado, un Comité de Control inspecciona la documentación del plan «Pax Mundi». Pasado mañana es sábado. La reunión se celebra a las once y, si para esa hora yo no he recuperado los papeles, no habrá salvación para Bob. —Channing hizo una mueca—. Tú no lo conoces. Es el chico más simpático y más bueno que te puedas imaginar. No puedo consentir que pase el resto de sus días en una prisión. Estoy dispuesto a jugarme el pellejo por recuperar esos papeles.

Ann le apretó otra vez la mano.

—Siento algo muy raro, Jimmy.

—¿El qué?

Ella lo miró a los ojos.

—Como si te conociese mucho tiempo y… No sé si te servirá de algo, pero lo voy a decir… Quiero estar a tu lado.

Él distendió los labios en una amarga sonrisa.

—¿Ves tú? —dijo ella—. Sabes sonreír.

Se quedaron mirando un rato y de pronto él la atrajo contra sí y la besó con fuerza en la boca. Cuando se separaron Channing dijo con firmeza:

—No puedes venir conmigo.

—Iré. Y eso es algo que ya está decidido.

—¿Cabeza dura, eh?

—Ajá —fue ahora ella quien se echó sobre el respaldo e inclinó la cabeza hacia atrás sonriendo y cerrando los ojos—. Es algo asombroso —murmuró—. Diana, mi compañera, se muere por los seriales radiofónicos. A mí no me gustan y siempre me está diciendo que jamás me podrá ocurrir nada y que terminaré por casarme con el dependiente de la esquina —levantó la cabeza y lo miró—. ¿Lo oyes, Jimmy?

Se puso la mano en la boca… y rió.

—¡Pobre Diana cuando se lo diga!… ¡Se va a morir de rabia! Channing se percató de que ella trataba de darle ánimos.

De pronto el coche salió de la pista y dirigióse a una playa de estacionamiento en donde se veían unas docenas de coches.

—Hemos llegado —anunció Jimmy mirando a la joven—. Te vas a quedar aquí.

—Oh, no. Si voy contigo quizá tu misión te pueda ser más fácil. Apuesto a que a este lugar solamente vienen las parejas de enamorados.

Channing sospesó la sugerencia y finalmente accedió meneando la cabeza de arriba abajo.

—Muy bien, muchacha.

Saltaron fuera y Jimmy dijo al conductor que los esperase.

CAPÍTULO IV

Frente al aparcadero había un edificio de tres plantas que era como un ascua de luz. Sobre una gran puerta central se podía leer el nombre del establecimiento en luces de neón: «La gaviota azul».

Recorrieron un sendero de grava delimitado por pequeñas palmeras. A la puerta del establecimiento había un hombre alto, robusto, uniformado de verde.

Pasaron frente a él y penetraron en el establecimiento.

Un tipo trajeado de gris, de cabello muy brillante y sonrisa simpática, les salió al encuentro.

—¿Dónde quieren ir, amigos? —dijo frotándose las manos—. Aquí tenemos de todo. Pueden bailar, bañarse en la piscina, ver cine o simplemente pasear por los jardines.

—Preferimos el bar —contestó Channing.

El fulano continuó frotándose las manos y separó una de ellas con un poco de esfuerzo indicando una puerta acristalada.

—Es allí, a la izquierda. Ahora no hay mucha gente, pero dentro de un rato no cabrá un alfiler. Ambiente simpático, ya me entienden. Como si estuviesen en su casa. Si algún mozo los trata mal recuerden mi nombre. Soy aquí una especie de mandamás. Dale Wagner.

El propio Wagner les abrió la puerta despidiéndose de ellos con una sonrisa. Jimmy le dio las gracias por su información y pasaron al bar.

El mostrador estaba a la izquierda, las mesas a la derecha y al centro había una pista rectangular. Al fondo, los grandes ventanales estaban abiertos y a través de ellos se veía una inmensa luna.

Dirigiéronse a la barra y tomaron posesión de sendos taburetes. En aquel instante había allí media docena de personas.

Un mozo de nariz chata se les acercó por el otro lado.

—¿Qué van a tomar?

Jimmy enarcó las cejas mirando a Ann.

—Un *whisky* con soda —dijo la muchacha.

—El mío seco —recomendó Channing al mozo.

Poco después empezaron a beber. Para entonces Jimmy había echado una ojeada a su alrededor observando todas las personas que se encontraban en la sala.

—Nuestro hombre no está aquí —dijo a Ann.

—Quizá se haya demorado.

—No lo creo. Se fue de la barca con demasiada prisa. Su mercancía vale muchos dólares. Él le concedió un millón porque será seguramente lo que le habrán dicho. Estará deseando llegue el momento de hacer la entrega para recibir su dinero. Apuesto a que se encuentra en otro lugar de la casa.

—¿Y qué vas a hacer?

—Utilizaré mis propios medios.

Jimmy bebió de un trago todo el contenido de su vaso y se secó los labios con el pañuelo.

—Espéreme aquí, Ann.

Saltó del taburete y alejóse del bar en dirección a la salida.

Vio a Dale Wagner que fumaba un cigarrillo paseando por el vestíbulo.

—Tiene usted razón, Wagner. Falta mucha gente.

El maestro de ceremonias distendió los labios en una sonrisa.

—¿Busca a alguien?

—Un amigo me citó aquí. Milton Williams.

Channing estaba observando el rostro de su interlocutor, pero éste no alteró un músculo del rostro.

—¿Milton Williams? —repitió Wagner—. Apuesto a que ese nombre no lo tengo archivado.

James Channing metió la mano en el bolsillo y sacó el fajo de billetes. Separó unos cuantos y los mostró a Wagner.

—Tengo sumo interés en hablar con Williams.

Wagner se humedeció los labios con la lengua mientras observaba los billetes. Jimmy martilleó:

—Es un interés de cincuenta dólares.

Wagner miró a un lado y otro para cerciorarse de que no era

observado por nadie, alargó la mano y se apoderó del dinero que le ofrecía Channing. En un instante lo hizo desaparecer en su bolsillo y bajando la voz dijo:

—Lo vi entrar hace cosa de quince minutos.

—¿Sí?

—Es muy amigo de Barry Arness, el gerente del salón de bolos. Seguro que subió arriba para verlo.

—¿Dónde?

—Segunda planta. —Wagner señaló una puerta—. Ése es el ascensor. Jimmy empezó a mover las piernas. De pronto Wagner dijo:

—Oiga, no diga que yo le di los informes.

El salón de bolos estaba un poco más animado que el local de abajo. Había media docena de jugadores en las pistas de juego.

Jimmy se dirigió resueltamente hacia la puerta del fondo sobre la que había grabada una palabra: «Dirección».

Entró sin llamar.

Se encontró en un despacho donde había una mesa, tres sillones y un hombre.

En la pared había muchas fotografías de boxeadores, entre ellas la de Rocky Marciano y la de Joe Louis. Ambas estaban dedicadas.

El hombre que se encontraba tras la mesa, era obeso, de gruesa papada, ojos muy pequeños y nariz recogida. Se había quedado mirando a Channing.

—¿Quiere protestar de algo? —preguntó.

—¿Es usted Barry Arness?

—Sí.

—Busco a un amigo suyo. Milton Williams.

—Oh, Milton —el gordo sonrió—. No ha venido por aquí esta noche.

—Mis informes son otros.

Arness midió de pies a cabeza a Channing, quien no se había movido de al lado de la puerta. Hinchó los pulmones y gritó:

—¡Si le digo que no está aquí es que no está aquí!

—¡Y yo le digo que miente! —retrucó Jimmy.

Arness se echó hacia atrás en el sillón giratorio sobre el que se sentaba y éste gimió desconsoladamente.

—¿Policía? —preguntó.

—Sólo detective privado.

—¿Un apestoso, eh?… Yo los llamo así. Jimmy apretó los labios.

—Deje los insultos para después. Primero tengo que ver a Milton.

Arness se levantó y se dirigió a una puerta que tenía muy cerca de él mientras decía:

—¿Se va a ir por las buenas?

—En chanto haya resuelto mi asunto. Arness se volvió con la mano en el tirador.

—¿Un tipo duro, eh?

Abrió la puerta de un tirón e hizo una señal con la cabeza hacia fuera. Sé oyeron unos pasos y penetró en la estancia un individuo. Debía de medir cerca de los dos metros y pesar los cien kilos. Era musculoso y fuerte como un toro, de pecho atlético, cabeza poderosa y brazos largos.

Arness señaló con la mano a Channing.

—Échalo, Kidd. Sin contemplaciones.

Kidd hizo un movimiento, afirmativo con la cabeza y siguió andando hacia Channing. Jimmy le dejó llegar cerca de él y de pronto lo golpeó en el estómago con el puño, pero Kidd no se inmutó por aquel golpe. Pegó con el dorso de su mano izquierda en el hombro de Channing y éste retrocedió sintiendo un agudo dolor en la clavícula.

Barry Arness rió detrás de ellos.

—Se me olvidó decírselo, amigo —declaró—. Kidd fue un fenómeno del *ring*, presunto campeón, hasta que sufrió un accidente de automóvil. Quedó inservible para el espectáculo, pero es un guardaespaldas estupendo. Apuesto a que lo convierte a usted en pulpa si no se va. Eche a correr ahora que puede.

Channing apoyaba la espalda en la pared. Kidd era muy lento de movimientos y se había detenido, pero ahora emprendió de nuevo la marcha.

Channing metió la mano en el bolsillo y sacó la pistola que había quitado a Marty.

—Sí, es bueno —concedió—. Pero apuesto a que no puede digerir un par de píldoras de plomo.

Kidd vio la pistola y se detuvo como si hubiera encontrado en su camino un cable de alta tensión.

Channing se movió hacia un lado para enfrentarse con Barry Arness, el cual había empalidecido.

—¡Está violando la Ley! —dijo el gerente del negocio de bolos—. ¡Usted lo sabe, amigo! ¡No puede entrar aquí amenazándome con una pistola!

—Pero usted puede arrojar contra mí a uno de sus gorilas.

—¿Es que no sabe que está reservado el derecho de admisión? Si usted no es persona grata no puede entrar. Daré órdenes a mi abogado para que lo encierre en la cárcel si no guarda esa pistola inmediatamente.

Jimmy se acercó a Arness y le apretó el cañón de la pistola contra el estómago.

—Usted es un ardiente defensor de la ley, ¿eh, Barry?, pero aun así le voy a volar los intestinos si no me dice pronto dónde encontraré a Milton.

—¡Está loco!

—Sí, estoy loco. Por eso no debe fiarse de mí… En cualquier momento puedo hacer un poco de presión sobre el gatillo y entonces saldrá la bala por el cañón.

Barry Arness se mojó los labios con la lengua.

—Está aquí.

—Estupendo. ¿Dónde?

—Arriba en la segunda planta.

—Dese prisa, Barry. ¿Cree que le voy a sacar las palabras de una en una?

—Dijo que iba a tomar un baño caliente.

—¿Se vio aquí con alguien?

—No. Sólo estuvo un instante.

—Está bien. —Channing pensó que Barry Arness no tenía ni la más ligera idea de por qué él había ido allí buscando a Milton Williams—. Escuche, Barry, solamente deseo ver a Milton para echar una parrafadita. Nada importante, él conoce a alguien que me interesa. No va a pasar nada.

—Corriente —aceptó Barry cuya cara transpiraba sudor—. ¿Quiere apartar un poco la pistola?

Jimmy retrocedió un paso y Barry, tras humedecerse los labios con la lengua, dijo:

—Suba a la segunda planta y busque a Connell. Dígale que lo

envío yo. Él le acompañará al lugar donde se encuentra Milton.

Jimmy sacudió la cabeza y dirigióse hacia la puerta. Hizo una señal con la pistola a Kidd y éste se desplazó dejándole libre el paso.

Antes de salir dijo Channing:

—Soy un buen chico si no me buscan las cosquillas. No se complique la vida, Barry. Usted lo dijo antes, soy duro, y cuando trabajo me importa tres cominos tumbar a un tipo panza arriba.

Era una amenaza obligada. Quería tener la seguridad de que Barry se iba a quedar quieto una vez que él hubiese salido de aquel despacho.

Observó al gordo y lo vio menear la cabeza de arriba abajo.

Entonces Channing abrió la puerta y salió fuera. Cruzó de punta a punta el salón y una vez en el vestíbulo de la primera planta rechazó mentalmente la posibilidad de subir en el ascensor y trepó por una escalera.

Arriba le salió al encuentro un hombre de mediana edad a quien preguntó por Connell.

Fue encaminado hacia una pequeña sala que contaba con un registro ante el que se acodaba un tipo escuálido cuya mejilla derecha estaba surcada por una cicatriz.

—¿Connell? —inquirió Jimmy. El otro le observó el rostro.

—Hablé abajo con Barry. Me dijo que usted me echaría una mano.

—¿Para qué?

—He de conversar con Milton Williams. Según dijo Barry, está tomando un baño.

—Lo encontrará en la sala número dos, pero para entrar también usted se ha de tomar el baño.

—Desde luego.

—Venga conmigo.

Channing siguió a Connell a través de un pasillo flanqueado por cabinas. De vez en cuando Jimmy veía algunos hombres, la mayoría de ellos de panzudo vientre que rodeaban la cintura tan sólo con una toalla de baño.

Connell se detuvo ante una cabina y la abrió con una llave.

—Dentro encontrará toalla. Es costumbre pagar por adelantado. Son dos dólares.

Channing abonó los dos dólares y metióse en la cabina. Se desnudó y cubrióse con la toalla.

Volvió junto a Connell quien le indicó con la mano la dirección que debía seguir.

Channing llegó ante un nuevo empleado, el cual estaba contemplando un cuadro de señales.

—¿Me quiere abrir la puerta? —pidió Jimmy.

—Espere unos instantes. Hay demasiada presión.

Jimmy esperó hasta que por fin el empleado maniobró con una llave y la puerta se abrió mecánicamente dejando escapar una gran cantidad de vapor.

Dos hombres salieron, pero en ninguno de ellos reconoció Jimmy a Milton Williams.

Pasó al interior. Se dio cuenta enseguida de que aquella clase de baño estaba organizada a la manera finlandesa. Los hombres se sentaban en bancos de madera y muchos de ellos se golpeaban las espaldas con ramitas de muérdago.

Había oído hablar de que tal baño se estaba poniendo de moda en los Estados Unidos y que los médicos los aconsejaban. Era una buena forma de eliminar toxinas y de recuperar el vigor.

Sentados en los bancos había hasta una docena de hombres. El vapor hacía difícil distinguir sus rasgos faciales.

Esperó unos instantes y de pronto lo vio.

Milton Williams era uno de los que se golpeaban los costados con el muérdago y parecía muy abstraído en su labor.

Detrás de él había un banco en el que sólo había tres personas. A Jimmy le fue fácil agacharse y recorrer la distancia que lo separaba de este último lugar. Se puso inmediatamente detrás de Williams, dándole la espalda.

El hombre que se había apoderado del paquete que contenía los documentos secretos cesó de castigarse el cuerpo.

Jimmy creyó que Milton se iba a marchar, pero no fue así. Entonces él se levantó y cogió un par de ramas de muérdago que había en una mesa de madera.

También empezó a golpearse los costados suavemente con movimientos acompasados.

La puerta del fondo se abrió nuevamente para dar paso a otros dos hombres. Jimmy observó que uno de ellos buscaba a alguien

con la mirada. Luego se puso a andar encaminándose al lugar en que se encontraba Milton y tomó asiento junto a él.

No pasó nada durante el primer minuto, pero de pronto Jimmy oyó la voz de Milton.

—«Railes» ganó la primera carrera. El otro contestó:

—Ha sido una suerte.

Jimmy no tuvo duda de que aquellas palabras equivalían a una contraseña.

Prestó atención para oír el diálogo que iba a seguir, pero los hombres no intercambiaron otra palabra.

Channing hubiera dado cualquier cosa por saber si Milton Williams habría traído consigo el paquete a «La Gaviota Azul». En tal caso hubiera bastado apretarle el cañón de la pistola en la sien para obligarle a que se lo entregase, pero también cabía la posibilidad de que lo hubiese dejado en algún sitio antes de llegar al establecimiento.

De ello se tenía que informar certeramente antes de que aquellos dos hombres se separasen.

De pronto Milton Williams se levantó, pero el otro quedó sentado.

Jimmy soltó la rama de muérdago al ver que el hombre que había seguido hasta allí se disponía a salir.

Fue tras él concediéndole una buena delantera. Milton llegó ante la puerta y apretó un timbre.

Jimmy tuvo que volverse porque en aquel momento el vapor se disipó algo a su alrededor.

La puerta se abrió con un chasquido seco y Milton salió fuera. Jimmy titubeó más de la cuenta y la puerta se cerró otra vez automáticamente.

Apretó él también el timbre y contó hasta diez antes de que se abriese.

Inmediatamente salió fuera. Afortunadamente vio a Milton introducirse en una cabina. Oyó la voz de Connell a su lado.

—¿Habló ya con el señor Milton?

—Sólo iniciamos el diálogo. Hemos de continuarlo ahora. Connell sacudió la cabeza y dijo:

—Voy a llevarle esta toalla.

—Déjelo, yo se la llevaré —dijo Jimmy y le quitó la toalla.

Echó a andar sin detenerse siquiera a ver la cara que ponía Connell.

Llegado ante la cabina en que se encontraba Milton llamó suavemente con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó Milton.

—Su toalla, señor —dijo Channing en voz baja.

La puerta quedó abierta y Jimmy penetró rápidamente.

Williams se cubría todavía con la toalla con que había salido de la sala de baños y se estaba peinando frente a un espejo. Al reconocer a Channing agrandó los ojos y quedóse estupefacto.

Jimmy vio su intención de ir a pegarle un rodillazo en, el bajo vientre y le conectó la derecha en el hígado.

Milton fue a lanzar un grito, pero Channing le tapó la boca y le golpeó la cabeza contra la pared.

—Callado, muchacho —dijo el detective.

Milton, encogido, empezó a hacer una mueca de dolor.

—¿Dónde está el paquete? —preguntó Jimmy.

Milton recobró la respiración. Entonces Channing le quitó la mano de la boca para que pudiese hablar.

—No lo tengo yo.

A renglón seguido disparó su izquierda. Esta vez cogió desprevenido a Jimmy, quien recibió el golpe en el estómago, pero estaba acostumbrado a encajar mucho más de lo que Milton le pudiese enviar, y, rabioso, volvió a machacar el hígado a su contrario.

Milton Williams se dobló hacia delante y el momento fue bueno para que Jimmy lo abofetease una y otra vez en la cara con todas sus fuerzas. Por último se echó encima de él y le apretó el cuello con las manos.

—Escuche, Williams —murmuró casi ahogándolo—. Puedo pegarle tanto que terminaría por aborrecer cualquier clase de baño. Y estoy dispuesto a hacerlo si usted no suelta ahora mismo dónde ha dejado el paquete.

—Le juro que no lo tengo —contestó Williams con voz ronca.

—¡Es una sucia mentira!

—¡Se lo juro por mis padres!… ¡Por mis hijos!… ¡No lo tengo!

Jimmy vio reflejado el pánico en los ojos del hombre que tenía apretado contra la pared y a quien podía estrangular con sólo

presionar un poco más los dedos.

No, no podía mentirle.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Lo entregué dentro del salón de baños a un tipo que se me acercó.

Jimmy se hubiese dado cabezazos contra la pared. Había sido un ingenuo, pero no pudo imaginar que Milton penetrase en la sala llevando consigo el paquete.

—¿Dónde lo escondiste? —lo tuteó.

—Lo llevaba junto a mi cuerpo, bajo la toalla cuando entré. ¡Lo juro por mis padres y por mis hijos!

Jimmy se sintió poseído de tanta furia que le volvió a cruzar la cara y Milton protestó:

—¡No le estoy mintiendo! ¡Me dieron cincuenta mil dólares por el trabajo! Veinticinco para mí y otros veinticinco que he de repartir con mis hombres.

—¿Quién es el tipo al que has entregado el paquete?

—No lo conozco. Teníamos una contraseña.

Jimmy soltó una imprecación para sus adentros. Había sido tal como él supuso.

—¿Quién es el que compró tu trabajo? —gritó.

—¡No me haga decir eso! ¡Sam me cortará la lengua! —Milton se dio cuenta de su patinazo y mordióse el labio inferior.

—¿Sam qué más?

—¡No me lo haga decir!… Tengo…

—Sí, ya lo sé. Tienes padres, hijos y quizá abuelos. Y yo tengo un hermano a quien tú y todos los de tu calaña estáis a punto de hundir. ¡Vas a decírmelo o te juro que mañana habrá un entierro en tu barriada!

—Sam… Delahaye.

—¿Ese tipo del baño ha de entregar el paquete a Delahaye?

—Sí.

—¡Tengo mucha prisa! ¿Dónde puedo encontrar a Delahaye?

—¡No está en la ciudad!

—¿Dónde?

—Se ha ido a pasar el fin de semana a Jacksonville.

Channing volvió a apretar los dedos en la garganta de Milton y éste desencajó los ojos.

—Tiene una casa en la Avenida Lexington, en Murray Hill. No sé el número, se lo juro por…

Channing no le dejó acabar. Le golpeó por tercera vez en el hígado y cuando se derrumbaba sobre el piso de la cabina le conectó la izquierda en la mandíbula.

Milton Williams quedó sentado, la cabeza doblada sobre un hombro, perdido totalmente el conocimiento.

Inmediatamente Channing salió fuera y cerró de un portazo.

Se dirigía hacia Connell cuando la puerta de la sala de vapor se abrió dando paso a tres hombres. Ninguno de ellos era el tipo que se había hecho cargo del paquete.

—¡Espere un momento! —gritó el empleado que maniobraba en los mandos.

Se metió en la sala de baño y la recorrió presuroso de punta a punta observando minuciosamente los rostros de los que estaban en los bancos. No; allí no estaba el hombre que necesitaba.

Salió fuera pulsando otra vez el timbre y enfrentóse con Connell.

—¿Vio a un tipo alto, rubio, de cuello alargado? —le preguntó.

—No me fijé —contestó el encargado. Channing se mordió el labio inferior.

Rápidamente quitó una toalla de la mano a Connell y se dirigió a su cabina. En menos de tres minutos se vistió y salió fuera.

Connell acudió a su lado presuroso.

—Acabo de ver pasar al hombre que usted me describió. Acaba de salir. Channing soltó una maldición y echó a correr.

Ya en el vestíbulo se percató de que el ascensor estaba descendiendo. ¡Y podía apostar a que dentro de la jaula iba el hombre con el paquete!

Se precipitó por la escalera y cuando llegó abajo corrió hacia el ascensor. La jaula estaba vacía.

—¿Acaba de bajar un hombre rubio bastante alto? —preguntó al empleado.

—¿Uno que llevaba un paquete en la mano? Salió hace un minuto.

Jimmy dio media vuelta y echó a correr de nuevo, saliendo del edificio. Sin dejar de pegarle bien a las piernas se dirigió hacia la playa de estacionamiento. Vio tres coches que se dirigían hacia la pista. En cualquiera de ellos podía viajar el individuo que le

interesaba.

Se metió en el taxi donde lo esperaba Ann y dijo rápidamente al conductor:

—¡Pise a fondo el acelerador, amigo! Y por lo que más quiera, no se entretenga.

Vuelva por el camino que hemos venido.

El coche dio un salto liada delante y poco después tomaba la curva de la carretera con un siniestro crujido de neumáticos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ann Holden con ansiedad. Channing se golpeó con el puño cerrado en la rodilla.

—Lo he tenido al alcance de mi mano. Milton Williams hizo entrega del paquete a otro fulano ante mis propias narices. Ha sido un fallo imperdonable. Si le ocurre algo a mi hermano yo tendré la culpa.

A continuación Jimmy hizo una descripción detallada de cómo habían sucedido los hechos en la segunda planta de «La Gaviota Azul».

—Yo tampoco hubiese caído en ello —lo disculpó Ann—. Eligieron bien el sitio donde tenían que hacer la entrega; un lugar donde los hombres apenas van vestidos.

—Sí, y por eso debí sospechar algo. Una simple toalla podía servir para esconder el paquete, aun cuando podía ver muy poco porque el vapor que nos rodeaba lo impedía.

En aquel instante el taxi estaba pasando el primer automóvil que Jimmy había visto salir de la playa de estacionamiento.

Observó su interior por la ventanilla. Era un «Ford» último modelo y en él viajaban un hombre y una mujer. El hombre que conducía no era el rubio.

—Le doblaré lo que marque el taxímetro, amigo, si aumenta la velocidad —dijo al conductor.

—Ya vamos a sesenta, compañero. ¿Quiere que nos cojan los del tráfico?

—Pagaré también la multa.

—A su gusto.

El taxi fue aumentando gradualmente la velocidad.

Tuvieron pronto a la vista el segundo coche y cuando se cruzaron con él Channing pudo observar que tampoco en éste iba la persona que le interesaba.

Poco después tomaron una curva y Channing vio a lo lejos a un tercer coche.

—Es aquél, no puede ser otro —exclamó—. ¡De prisa, muchacho! —animó al conductor.

El taxi fue disminuyendo la distancia que lo separaba del coche que le antecedía hasta que estuvo encima.

—¡Tírelo a la cuneta! —gritó Jimmy.

—¿Y si no quiere? —retrucó el taxista.

—Inténtelo.

El taxista giró el volante hacia la izquierda. El vehículo que corría al lado evitó la embestida con chirrido de frenos.

—¡Se va a detener! —exclamó Channing—. ¡Hágalo usted también!

El coche que interesaba a Jimmy se inmovilizó, pero el taxi corrió unas yardas más antes de que también quedase quieto.

Channing abrió rápidamente la portezuela y saltó fuera, exhibiendo por delante la pistola. En cuatro zancadas se acercó al coche negro que habían embestido. Por la parte del volante salió un hombre alto. Se cubría con un abrigo y sombrero negros.

Channing no podía observar bien su rostro.

—Nos hizo correr, amiguito —le dijo.

—¿Qué es esto? ¿Un atraco?

—Algo parecido. ¿Dónde está el paquete?

—¿El paquete? No sé de qué me habla.

—¿De veras? —Jimmy levantó la pistola—. Quizá si hago funcionar este chisme recobre pronto la memoria.

—Le aseguro que…

—¡Déjese de historias! Largúeme lo que le pido y se alegrará de que lo deje escapar con vida.

—Sí, señor. Ahora mismo se lo doy.

—Pero cuidado con hacer diabluras. Mantenga las manos separadas del cuerpo.

—Sí, señor.

El otro giró y abrió la portezuela de delante.

Channing, en previsión de que el individuo echase mano a un revólver, le clavó el suyo en la espina dorsal, advirtiéndole:

—Recuerde, sólo quiero el paquete. No es necesario que exhiba nada más.

Su prisionero trasteó un rato en el interior del coche y se volvió mostrando en la mano un paquete rectangular.

Channing se lo quitó y sopesó con sus manos dando un suspiro. Había costado mucho, pero ya tenía en su poder lo que llevaba tanto tiempo buscando.

Empezó a retroceder hacia el taxi.

Ann Holden lo esperaba con la portezuela abierta.

De pronto ocurrió lo inaudito. El hombre que había asaltado giró sobre sus talones y echó a correr abandonando su coche. Se oyó el ruido de sus pasos y poco después se perdía en la obscuridad.

Channing soltó una carcajada.

—¿Lo viste, Ann? No se creyó lo de que le dejaría con vida.

—¿Lo tienes ya, Jimmy?

Channing tiró el paquete al aire y lo recogió otra vez.

—Aquí está. Mi hermano ya no tiene que temer nada. El sábado por la mañana la Comisión de Control encontrará los documentos del plan «Pax Mundi» en el lugar que corresponde —se volvió hacia el conductor—. ¿Tiene una linterna por ahí?

El taxista le proporcionó la linterna y Channing se la dio a la joven.

Ocuparon los asientos de atrás del taxi, pero Jimmy no dio la orden al conductor de que continuase su camino. Quitó el hilo bramante del paquete y lo despojó del envoltorio de papel. Apareció una caja de cartón. Sobre la tapa azul había un nombre: Amelia.

Channing abrió la caja.

Dentro vio algo envuelto en papel de celofán. Era una especie de bolsa. Sacó ésta y metió las manos en el interior. Sus dedos tocaron algo suave y cuando tiró de ello se quedó boquiabierto descubriendo que se trataba de una combinación.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó.

A pesar de lo dramático de la situación empezó a reír con fuerza y de pronto Ann Holden lo coreó riendo también con ganas.

—¡La hemos hecho buena! —dijo Channing—. ¿Te das cuenta? Ese tipo no era nuestro hombre. Dicen que la primera impresión es la que vale. Cuando lo vi bajar del coche me pareció mucho más alto que el que yo había visto en el salón de baños.

—Y él reglaría todo orgulloso a su casa para darle una sorpresa a su mujer —comentó Ann.

—Habrá ido en busca de la policía. Se lo dejaremos de nuevo en el coche para que pueda hacer su regalo.

Channing bajó del taxi y acercóse al coche donde dejó sobre el asiento delantero la caja con la combinación.

Regresó junto a Ann e inmediatamente dio orden al taxista de partir. Ann siguió riendo y de pronto se interrumpió.

—Lo siento, Jimmy.

Channing le palmeó una mano.

—Lo único importante es que estos minutos que hemos perdido habrán sido suficientes para que el tipo que lleva el verdadero paquete se nos haya escabullido.

Llegaron ante una larga recta a cuyo largo no se divisaba una sola luz piloto.

Channing se dejó caer hacia atrás emitiendo un suspiro y luego dijo al conductor:

—Ya puede dejar de correr. No servirá de nada.

El taxista obedeció y poco a poco el vehículo fue rebajando la velocidad.

—¿Qué vas a hacer ahora, Jimmy? —preguntó la joven.

—Iré a Jacksonville, naturalmente.

—Creo que viajaremos mejor en el coche de Diana. Ella nos lo dejará. Channing la miró a los ojos.

—No debes seguir conmigo. En Jacksonville las cosas serán mucho más difíciles. Apuesto a que allí radica el cuartel general de los que en última instancia han planeado el robo de los documentos que custodiaba mi hermano.

—Hasta ahora apenas te he servido de nada. Quizá allí te pueda echar una mano.

—Ya hiciste bastante en tu apartamento librándome de aquel par de matones.

—Pero tú me sacaste de allí y me interesaste en la aventura. Ahora me moriría de curiosidad por saber cómo va a acabar, si me dejas de lado. No tienes más remedio que llevarme, Jimmy.

—Creo que no tengo derecho a arriesgar tu vida. No se trata de ningún juego, Ann. Hasta este momento todo ha sido un ir de un sitio a otro. En Jacksonville cambiarán las cosas y puede correr la sangre.

Ann, por toda respuesta, dio al conductor la dirección del

edificio donde se ubicaba el apartamento que compartía con Diana.

Media hora más tarde saltaban a la acera y Jimmy, conforme a lo pactado, abonó al conductor el doble del importe de lo que marcaba el taxímetro.

Subieron arriba en el ascensor y Ann hizo mover el tirador de la puerta de su apartamento, pero ésta no cedió. Entonces pulsó el timbre.

Channing apretó la culata de la pistola que tenía en el bolsillo en previsión de cualquier sorpresa.

Al cabo de un rato abrió la puerta una joven que mostraba la cara cubierta de crema blanca y que se cubría con un batín.

—Buenas noches, Diana —saludó Ann—. Pasa, Jimmy.

Entraron en el apartamento, y Diana, que se había quedado mirando a Jimmy con la boca abierta, pudo al fin recobrar el habla.

—¡Canastos, qué hombre!

—Te presento a Jimmy Channing, Diana. Ésta es Diana Carson, Jimmy. Mi mejor amiga.

Jimmy estrechó la mano lánguida que Diana le tendía.

—¡Repámpanos! —dijo la joven—. Usted debe medir cerca de los dos metros.

—Sólo uno ochenta y tres —repuso Jimmy.

—Oye, Diana —dijo Ann—. ¿Encontraste algo en la cocina al llegar?

—Desde luego.

—¡Oh!

—Fue una atención de tu parte, querida. El pastel de manzana estaba riquísimo. Ann Holden miró a Jimmy y se puso una mano en la boca para evitar la carcajada.

Inmediatamente recobró la seriedad y dijo:

—Jimmy y yo hemos de salir inmediatamente de la ciudad y hemos pensado que nos podrías dejar tu coche. Una tía de Jimmy está muy grave. Si no se da prisa los demás sobrinos pueden quitarle su parte en la herencia.

—¡Canastos! —Diana midió a Jimmy de pies a cabeza—. ¡Hasta es un heredero!

¿Dónde lo encontraste, Ann?

—Jimmy y yo nos conocimos en una cafetería hace cosa de una semana.

—No me lo dijiste.

—Oye, querida. Tenemos mucha prisa. ¿Nos vas a dar la llave? La tía de Jimmy puede morirse de un momento a otro.

—Está bien —rezongó Diana.

Dirigióse al dormitorio y poco después salió trayendo en la mano un llavero que entregó a Ann.

—Trátalo bien, querida… —hizo una pausa volviendo la cabeza hacia Channing—. Naturalmente, me refiero a Jimmy.

—Descuida, lo traeré entero —ella también miró a Jimmy—. Naturalmente, me refiero al coche.

Se despidieron de Diana y minutos más tarde sacaron del garaje el coche de Diana.

Era un «Mercury», color canela, modelo cincuenta y siete.

Jimmy se había sentado al volante y tenía al lado a Ann. Inmediatamente salieron de la ciudad tomando la pista costera hacia Jacksonville.

La joven se desperezó e inclinó su cabeza sobre el hombro de Channing.

—¡Oh, Jimmy! ¡Tengo sueño!… ¿Te importa? Él rozó con sus mejillas la frente de ella.

—Ya te avisaré cuando lleguemos —dijo.

—Me despertaré antes y te relevaré. Tú también necesitas dormir.

Jimmy emitió un gruñido y pocos minutos después se dio cuenta de que la joven había conciliado el sueño. Entonces contempló su rostro y sonrió con suavidad mientras la besaba en la frente.

CAPÍTULO V

Se habían detenido en una estación de gasolina situada en las afueras de Jacksonville. Eran las primeras horas de la mañana. Ahora, sentados ante una mesa y después de haber desayunado fumaban cigarrillos.

Jimmy Channing estaba pensativo y Ann Holden respetaba su silencio porque sabía que el problema que él había de resolver no tenía fácil solución.

De pronto Jimmy hizo chasquear los dedos y dijo:

—He de poner en práctica una idea, aunque suponga un poco de riesgo.

—¿De qué se trata, Jimmy?

—He de prever la posibilidad de que el paquete cambie rápidamente de dueño. Es posible que Sam Delahaye lo mantenga en su poder solamente el tiempo indispensable para convertirlo en una montaña de oro.

—¿Y cómo lo vas a conseguir?

—Es un disparo al azar, pero, tal como están las cosas, no tenemos dónde elegir.

Acompáñame a la cabina y lo sabrás.

Instantes después se encerraban en la cabina telefónica. Jimmy buscó en la guía el número correspondiente a Delahaye y lo disco.

Cuando cogieron a la otra parte el receptor, oyó una voz ronca, varonil:

—¿Quién llama?

—¿Señor Delahaye?

—Sí —hubo una pausa y el otro insistió—: ¿De parte de quién?

—El señor Delahaye no me conoce, pero es muy urgente que hable personalmente con él.

—Lo siento, pero el señor Delahaye está muy ocupado.

—No lo estará para mí. —Jimmy dejó correr unos segundos—. Dígale al señor Delahaye que llegará un día en que la paz reine en el mundo.

Sonó un chasquido y Jimmy supuso que habían dejado el auricular sobre una mesa.

Guiñó un ojo a Ann, quien dijo:

—Creo que te vas a arriesgar demasiado, Jimmy. Channing tapó el micro con la mano mientras decía:

—Tengo que hacerlo antes de que ocurra lo inevitable. Si el paquete escapa de las manos de Sam Delahaye no existirá ninguna posibilidad de recuperarlo.

En aquel instante se produjo otro crujido. Habían cogido de nuevo el receptor.

—Habla Delahaye —la voz era fina, de timbre agradable—. ¿Quién está ahí?

—No me conoce, Delahaye.

—Eso ya me lo advirtió mi secretario. Intente otra cosa.

—Por ahora ha de contentarse con eso.

—¿Sí? ¿No le parece que es usted un poco exigente?

—Quizá lo sea más, amigo. Usted tiene algo que a mí me interesa… y presiento que vamos a llegar a un acuerdo.

—¿Qué es lo que yo tengo? —preguntó cauto Delahaye.

—Usted ha recibido un paquete que contiene, digamos, una preciosa información, señor Delahaye. ¿Voy bien?

—Sí, tiene usted razón. Desde aquí mismo estoy observando el paquete a que usted se refiere. La colección del «Life» del año 1956. Es una revista que me agrada. Buena información, buena fotografía…

—Cuentos, Delahaye. No me estoy refiriendo a ninguna revista y usted lo sabe. No tengo inconveniente en ampliarle más detalles sobre lo que acaba de llegar a sus manos.

—Supongamos por un momento que admito la posibilidad de que usted esté bien informado. ¿Qué le importa a usted todo esto?

—Mucho. Quizá tenga usted un postor, pero ¿no le interesaría más tener dos?

Sería estupendo para usted organizar una especie de subasta.

—Usted llegó tarde, amigo.

Jimmy sintió un escalofrío por la espina dorsal.

—¿Acaso ha comprometido su palabra, Delahaye? —inquirió.

—Exactamente.

—¿Y qué es una palabra? Hoy día no se pueden mantener cierta clase de compromisos. Las cosas se las lleva el que más dinero ofrece y yo estoy dispuesto a superar la oferta más alta.

—Me da la impresión de que usted habla por hablar.

—¿Y si le brindase la oportunidad de cerciorarse de cerca? Usted y yo lo discutiríamos y apuesto cualquier cosa a que invertiríamos poco tiempo en llegar a un acuerdo.

Channing oyó una risita al otro lado del hilo.

—¿Sabe una cosa, amigo? —dijo Delahaye—. No me ha gustado nada su llamada. Es la pura verdad. Si usted empezase por decirme cuál es su fuente de información tal vez yo me animaría a concederle esa entrevista.

—No tengo inconveniente en decírselo —repuso Jimmy, y añadió—: Milton Williams.

Esperó el efecto que producía aquel nombre. Delahaye tardó algunos segundos en reaccionar.

—Fue ese bandido, ¿eh? Cobró cincuenta mil por su trabajo y el muy canalla se fue de la lengua. Un día de éstos le voy a mandar una corona de crisantemos.

—Quizá lo que le haga sea un buen regalo después de haberme oído a mí.

—Está bien, amigo. En la presente situación creo que no tengo más remedio que convenir en echarle un vistazo.

—¿Me recibirá ahora?

—Acabo de levantarme de la cama. Anoche di una fiestecita en casa. Ahora he de desayunar y tengo citados a mi barbero y a la manicura. Venga a las nueve y media.

—De acuerdo. Iré.

—Pero óigame una cosa… Preséntese solo, ¿quiere?

—Desde luego.

—Eso es algo que voy a saber enseguida que pise mi casa, de modo que le recomiendo que ahueque el ala ahora que está a tiempo si es que se trae entre manos algo torcido.

—Estaré ahí a las nueve y media, Delahaye.

Delahaye volvió a sonreír de aquella forma tan peculiar, como si

le costase trabajo hacerlo.

Jimmy colgó el teléfono y mantúvose apoyado en la pared. Ann Holden lo estaba mirando perpleja.

—¡Es una locura, Jimmy! —exclamó la joven—. ¡No puedes hacer eso!

—¿El qué?

—Presentarte allí sin más ni más para recobrar esos documentos. No podrás burlarles. Ese Delahaye debe estar enterado de que tú has andado detrás del paquete en Miami.

—No lo creo así y por eso he dado el nombre de Milton Williams.

—¿Por qué? No te entiendo.

—Aquí hay algo claro. El plan para apoderarse de esos documentos ha estado bien organizado. Cada misión ha sido encomendada a un grupo diferente. Teniendo ello en cuenta, Doris Evans fue la que sustrajo los papeles y ahí terminaba su trabajo, una vez que los envió a su hermano. Luego entró en acción Milton Williams, quien recogió el paquete en la barca. Williams lo había de entregar al hombre con quien se debía encontrar en la sala de baños de «La Gaviota Azul». Ellos no se conocían. Por ello intercambiaron la contraseña. Naturalmente a Milton no le convenía contar que había tenido dificultades con el paquete. A él le pagaba cincuenta mil dólares Sam Delahaye y eso era bastante para dar la impresión de que su trabajo había sido perfecto. En caso contrario, Delahaye le podía achacar que por su culpa se había complicado la cosa. Por ello no he vacilado en dar su nombre.

—Todo eso está bien pensado, Jimmy —repuso Ann—, y seguramente ha ocurrido tal y como tú dices, pero sigo sin comprender cómo vas a escapar de esa casa con los documentos que te interesan.

—Ya se me ocurrirá algo sobre el terreno.

—Ésa es una esperanza muy remota. Jimmy la cogió por la barbilla.

—Escucha, Ann. Yo no escogí este trabajo. Está en juego algo muy importante. En tales circunstancias uno no debe pensar en lo que pueda ocurrir. Conozco perfectamente la clase de gente con la que voy a enfrentarme. Audaces, desaprensivos, individuos para quienes no existe obstáculo alguno cuando se trata de satisfacer sus

deseos, y que no vacilarán en hacerme pedazos si se enteran del verdadero motivo que me lleva a aquella casa. Pero yo tampoco titubearé en liquidar al primero que se me ponga por medio. No soy un suicida, Ann, sino de los que piensan que la vida es maravillosa y que hay que hacer todo lo posible por vivirla, máxime ahora…

Channing se interrumpió y Ann Holden dijo:

—¿Qué, Jimmy?

—Ahora que te he encontrado.

Ella le echó los brazos al cuello y se besaron en la boca. Estando en ello, empezaron a golpear en el cristal de la cabina. Los dos jóvenes se separaron y volvieron la cabeza. Una obesa señora requería los servicios del teléfono y parecía haber quedado espantada de la escena que había sorprendido en su interior.

Salieron fuera y, sin escuchar a la moralizadora mujer volvieron a la mesa, tomaron asiento y Jimmy dijo:

—Me esperarás aquí, Ann, y me has de prometer que te vas a estar quieta.

—Lo prometo —asintió la joven, pero al tiempo que decía ello, Jimmy no podía ver que ella cruzaba los dedo3 de la mano que tenía en su regazo.

—Buena chica —dijo Jimmy sonriente—. Ya verás cómo saldrá bien. En menos de un suspiro volveré aquí y todo quedará arreglado. He de darme prisa ahora. Hasta la casa de este Delahaye me queda una buena tirada.

Jimmy cogió el bolso de la joven que estaba sobre la mesa y lo puso entre las rodillas; luego, con la otra mano sacó la pistola de su chaqueta y la guardó dentro del bolso.

—¿Qué haces, Jimmy? —preguntó la joven.

—No puedo llevar allí armas. Ten por seguro que me registrarán antes de que llegue a presencia de Delahaye. Quizá nos sirva para cuando tengamos que salir de la ciudad.

Channing atrajo otra vez a la joven hacia sí y besóla en la comisura de los labios. Luego se levantó y echó a andar hacia la puerta. Llegado ante ésta se volvió. Ella estaba mirándolo, inmóvil. Entonces él levantó la mano haciéndole un saludo y salió definitivamente fuera.

* * *

Faltaban pocos minutos para las nueve y medía cuando llegó a la casa de la Avenida de Lexington donde se encontraba Delahaye, cuyo número había visto en la guía telefónica.

Aquel lugar era un barrio residencial. Todas las casas estaban rodeadas por un gran jardín al que se tenía que llegar cruzando una gran verja de hierro.

Jimmy detuvo el coche ante la verja porque se encontraba cerrada e hizo sonar dos veces el claxon.

Mientras esperaba echó una ojeada por los alrededores. Vio a unas treinta yardas a un individuo que cerca de una parada de autobús parecía leer el periódico.

Observando la dirección opuesta descubrió otro lector. Jimmy sonrió para sus adentros. Delahaye había tomado bien sus medidas.

Un hombre que se cubría con un mono azul, camisa blanca y sombrero de paja, le abrió la gran verja.

El coche arrancó de nuevo deslizándose por un camino de grava hacia la casa que se veía al fondo. En el pórtico había otros dos hombres. De pronto Jimmy sintió el ruido que producía la verja al cerrarse.

Echó un vistazo a los muros del jardín. Eran muy altos y los árboles crecían alejados. Dificilísimo saltar por allí. En caso de tener que escapar rápidamente no podría hacerlo por la parte delantera de la casa.

Detuvo el coche y saltó fuera cerrando la portezuela a sus espaldas.

Sacó el paquete de cigarrillos que había comprado en el bar de la estación donde había dejado a Ann y encendió parsimoniosamente con un fósforo.

Los hombres del pórtico no le quitaban ojo de encima.

Subió los cinco escalones sin darse mucha prisa y una vez arriba preguntó:

—¿Sam Delahaye?

Los dos individuos guardaron silencio. Uno era alto, con la frente estrecha y la nariz muy aguileña. Se cubría con un traje de paño grueso de un color gris obscuro. El otro era regordete y su apéndice nasal era en todo opuesto al de su compañero, apenas le sobresalía de la cara. Se encontraba en mangas de camisa y tenía la chaqueta al brazo. Éste fue el que habló, aún cuando lo hiciera

parcamente.

—Sí —fue lo que dijo.

—Soy el tipo que le telefoneó hace un rato.

—Lo está esperando —siguió diciendo el otro—. Ande, pase —se acercó a la puerta y la abrió indicando a Jimmy con la otra mano que podía entrar.

Channing pisó un vestíbulo y fue a seguir hacia delante cuando el que había hablado hasta entonces ordenó:

—Espere un momento.

Unas manos hábiles lo registraron.

—De primera, Joe —dijo la misma voz de antes—. El fulano es honrado. Viene sin el «quitapenas».

Jimmy dobló la cabeza y comentó sonriente:

—¿Para qué necesita uno armas cuando sólo viene a hablar de negocios? El más alto hizo una mueca y dijo:

—Todo estará bien si usted no resulta un tipo vivo. Venga con nosotros.

CAPÍTULO VI

Cruzaron un gran *hall* que tenía una escalera al fondo y pasaron a una habitación que más parecía la trastienda de un anticuario. Allí había docenas de relojes colocados sobre mesas. Pertenecían a todas las épocas, pero ninguno de ellos estaba en funcionamiento. El suelo estaba alfombrado y sobre las paredes se exhibían algunos cuadros descoloridos.

Un hombre de cabello castaño, robusto y de rostro inexpresivo vino a su encuentro y se detuvo cerca de él observándolo detenidamente. Su barba estaba recién rapada.

—¿Le habéis registrado, muchachos? —preguntó a los hombres que habían quedado atrás.

—No lleva encima ni un cortaplumas —contestó uno de ellos.

—Sentía grandes deseos de que llegase usted —dijo Delahaye tendiendo la mano a Jimmy.

Éste la estrechó mientras replicaba:

—Supongo que no será tarde.

—Siéntese, amigo.

Delahaye estaba señalando el fondo de la habitación, un poco más despejado, en donde había tres sillones y una mesa de roble estilo renacimiento.

Jimmy se dirigió hacia uno de los sillones pero no le pasó inadvertida la seña que hizo Delahaye a sus hombres para que se quedasen dónde estaban.

El dueño de la casa tomó asiento frente a él.

—¿Cómo he de llamarle? —preguntó Delahaye.

—Mi nombre es John Marlowe.

—Tanto gusto, señor Marlowe. —Delahaye hizo una pausa—. ¿Sabe que me dio un gran susto cuando me empezó a hablar por

teléfono?

—Lo comprendo perfectamente, pero, era el único medio que tenía a mi alcance para atraer su curiosidad.

—Oh, sí, desde luego. Pero dejemos ya este preámbulo. —Delahaye cruzó las manos—. Usted dijo que le interesaba lo que yo tengo.

—No sabe usted cuánto.

—¿Milton Williams ha resultado un bocazas? Eso es muy peligroso en un negocio de esta clase. Naturalmente he tomado medidas para que Milton no pueda repetir su inexplicable error. En estos momentos dos hombres lo están buscando en Miami para presentarle mis respetos.

Jimmy supuso de qué forma Delahaye haría llegar a Milton Williams su disconformidad por la supuesta traición.

Delahaye prosiguió:

—Milton recibió una buena cantidad de dólares por realizar un trabajo tan sencillo como el de retirar un paquete del lugar a que había sido enviado y hacerlo llegar a manos del tipo que debía traerlo a Jacksonville. Yo no soy un hombre que escatime el dinero y sé gastármelo bien, pero tampoco me agrada que me vendan, señor Marlowe. Al que se atreve a hacerlo se lo hago pagar —guardó un silencio—. ¡Pobre Milton! Me dijo que con ese dinero se iría una temporada a California. Tenía algo quebrantada la salud. Es una pena que no pueda llevar su plan a efecto.

Jimmy fumaba despaciosamente dejando que Delahaye hiciese todo el gasto de la conversación.

—Pero hábleme de usted, señor Marlowe —dijo de pronto Delahaye—. Olvidemos los recuerdos tristes. ¿A quién representa?

—No estoy autorizado a decírselo, Delahaye, naturalmente hasta que el negocio quede cancelado.

—Ya le advertí por teléfono que llegaba tarde.

—¿Quiere decir que usted llevó a cabo el golpe por cuenta de alguien?

—Oh, nada de eso. Verá usted cómo ocurrió. Yo no me he dedicado nunca a esta clase de trabajo. Lo mío han sido las chicas y las drogas, pero últimamente los federales se pusieron a malas y la cosa se hizo difícil. Son los tiempos, amigo Marlowe. Ya no puedo dedicarse uno a un trabajo honrado. Me tomé un descanso y me

dediqué a viajar en mi yate por las costas de Florida. Un día en las inmediaciones de Cabo Cañaveral sorprendí un ejercicio de lanzamiento. Era uno de esos cohetes que la Marina estaba ensayando y yo me dije que allí se podía cocer un plato bueno. No crea que fue cuestión de un momento. Hube de pensarlo durante varios días. Me dije que si la Marina se tomaba la cosa tan en serio, prohibiendo absolutamente el acceso a Cabo Cañaveral, era porque allí se estaba preparando algo gordo. Invertí unos cuantos miles de dólares en lograr información. Pero fue dinero perdido. Los únicos informes que me llegaron eran los que podía leer cualquier ciudadano en su diario local.

Delahaye guardó un silencio e hizo una señal al hombre que había detrás.

—¿Quieres servimos dos *whiskies*, Albert?

El hombre de la nariz pequeñita se había puesto la chaqueta y fue quien se encargó de prepararlos.

—¿Le aburro con mi historia? —preguntó Delahaye con el vaso en la mano.

—De ninguna manera —contestó Jimmy—. Todo es muy interesante.

—Como le iba diciendo me estaba saliendo rana el negocio hasta que de pronto un día llegó lo que yo había esperado tanto. Algo que valía verdaderamente la pena. Una comisión de sabios estaba a punto de lograr el arma decisiva. Nada menos que colocar una bomba atómica o de hidrógeno con precisión matemática en un objetivo, disparándola desde un satélite artificial. El problema sólo consiste en conseguir poner en órbita ese satélite, pero, una vez logrado esto, que es solamente cuestión de tiempo, lo demás estaba resuelto. —Delahaye distendió los labios, mostrando una dentadura perfecta, blanca como la leche—. Entonces di por bien empleado mi dinero y mi tiempo.

—La paciencia siempre se ve recompensada, señor Delahaye —comentó Jimmy.

—Me di cuenta enseguida de que los planos en que se habían reflejado esos proyectos tendrían un valor incalculable y decidí ir a por ellos.

Delahaye se puso en pie y dirigióse hacia la mesa. Abrió un cajón del cual extrajo un paquete que puso sobre una carpeta negra.

Estaba envuelto en papel marrón y atado con hilo de bramante color azul.

Jimmy sintió que el corazón le daba un vuelco. Había reconocido el paquete. Era el mismo que él había tenido en sus manos en la barca de Cruz, la mejicana. No había duda de ello.

Sam Delahaye lo estaba señalando con el dedo índice.

—Aquí lo tiene, señor Marlowe —sonrió de nuevo—. Quien posea esto, será el dueño del mundo.

—No tengo dudas acerca de ello.

—No hice mi trabajo por cuenta de ninguna potencia extranjera. Fue cosa particular, pero en cuanto supe que estaba en mis manos me he puesto en contacto con ciertas personas muy interesadas en los avances científicos logrados por los Estados Unidos.

—Y al parecer ha surgido alguien que le compra su tesoro.

—Exacto, señor Marlowe. —Delahaye consultó su reloj—. Y dentro de media hora vendrá esa persona. Traerá una valija consigo. ¿Y sabe lo que habrá dentro?

—Dinero.

—Acertó, señor Marlowe, pero oiga la cantidad: cinco millones de dólares. Jimmy se mantuvo impávido y luego cruzó las piernas.

—Es una miseria —murmuró.

—¿Cómo dice?

—Un verdadero timo, amigo Delahaye. Lo que contiene ese paquete vale mucho más de cinco millones. Yo estoy dispuesto a darle más.

—¿Cuánto?

—Para no andar con regateos mis representados me han autorizado a ofrecerle ocho millones.

Delahaye enarcó las cejas.

—¿Ocho millones?

—Ha oído perfectamente, amigo. Ni uno más ni uno menos. Limpios de polvo y paja. Sin impuestos.

Hubo un largo silencio que rompió Delahaye.

—¿Dónde está esa plata? Channing torció el gesto sonriente.

—Vamos, señor Delahaye, no me crea tan simple. ¿Cree que voy a andar por la vía pública llevando encima ocho millones? —Jimmy dejó correr unos segundos y prosiguió—: Primero he de llegar a un acuerdo con usted. Luego saldré por el dinero y regresaré y el

negocio quedará concluido.

Jimmy se puso en pie. Estaba tratando de ganar tiempo.

Pensó que lo único que podía hacer era apoderarse del paquete. Naturalmente aquellos hombres se le opondrían, pero al sugerir aquella entrevista ya había previsto que sólo saldría airoso de aquella prueba jugándose la piel.

No hacía falta ser muy observador para darse cuenta de que Sam Delahaye estaba muy interesado en su oferta.

—¿Cuánto va a invertir en ir y volver, señor Marlowe? Channing dio un paso hacia la mesa.

—Pongamos cuarenta y cinco minutos.

—Ya le he dicho que el primer postor llegará dentro de media hora.

De pronto a Jimmy se le ocurrió una idea.

—¿Por qué no le da el plantón? Creo que tres millones de diferencia valen la pena. Usted se viene conmigo. —Delahaye señaló a Albert y a Joe—. Naturalmente se trae consigo a sus hombres. El paquete lo lleva en una cartera. Vamos al lugar en donde yo tengo que recoger el dinero y allí mismo hacemos el cambio. Luego ustedes se van por su camino y yo por el mío.

Delahaye sopesó un rato la propuesta.

—No me gusta, jefe —dijo de pronto Albert.

—¿Por qué no te gusta? —preguntó Delahaye.

—Podía ser una encerrona. ¿Y si este tipo fuese de la policía?

Delahaye soltó una risita, aquella risita que Jimmy ya había conocido a través del hilo telefónico.

—Eres un estúpido, Albert. En este caso no entra en juego la policía. Fue lo que me indujo desde un principio a aceptar la entrevista con Marlowe. El proyecto «Pax Mundi» de la Marina es supersecreto. Ni siquiera la policía federal lo conoce. ¿Por qué te crees que he gastado doscientos mil dólares en todo esto? Doris pegó el golpe en el momento justo. La Comisión de Control no se reúne hasta mañana sábado en Cabo Cañaveral. El único que podía estar enterado de la falta de los documentos es Robert Channing, el encargado de su custodia, y eso tampoco es muy seguro. Puede que en estos momentos nadie conozca su desaparición de los archivos.

—Suponga que ese Channing se haya dado cuenta de que le han volado los papeles —siguió oponiendo Albert—. ¿Qué cree que

habrá hecho?

—Por la cuenta que le trae, antes de ponerlo en conocimiento de sus superiores debe haberse volado la tapa de los sesos.

—¿Y si se hubiese decidido a comunicarlo?

—La Marina se tragaría la píldora. Naturalmente tendrán copias de los documentos. Ellos continuarán con su proyecto «Pax Mundi». —Delahaye apretó los labios y su rostro adquirió una expresión de dureza—. Y creo que ya te he dado demasiadas explicaciones. No me gustan tantas preguntas. ¿Crees que no sé lo que me hago?

—Yo sólo quería advertirle, jefe. —Albert dirigió una fría mirada a Channing—. El tipo sigue sin gustarme.

—¡Ya está bien, Albert! —exclamó Delahaye con acritud.

Se hizo un profundo silencio. Jimmy creyó llegado el momento de colocar una buena frase y dijo:

—Naturalmente yo no le aprieto a usted, Delahaye. Si cree que son bastantes los cinco millones del tipo que espera, despídame con cajas destempladas y asunto concluido. Yo también sé perder. Después de todo, me será fácil convencer a mis jefes de que llegué demasiado tarde con mi oferta.

—No corra tanto, amigo —dijo Delahaye—. Si está dispuesto a largarme los ocho millones por el paquete, ya puede decir que es suyo.

—De primera, compañero —convino Jimmy—. ¿Por qué no nos vamos enseguida?

—¿A dónde hemos de ir?

—Al edificio de correos de Jacksonville.

—¿Encontraremos allí al tipo que le ha de entregar la pasta?

—Está esperando que yo lo llame.

Delahaye entrecerró los ojos mientras permanecía pensativo un rato. Finalmente dijo:

—Está bien, llame.

—¿Dónde está el teléfono?

Delahaye señaló una de las mesas que estaban ocupadas por los relojes.

Jimmy echó a andar rápidamente y cogió el receptor. A continuación marcó el número del bar donde había dejado a Ann Holden.

Descolgaron a la otra parte y una voz varonil preguntó:

—¿Qué desea?

—¿Quiere avisar a Holden? Es la persona que está sentada en la segunda mesa más próxima a la ventana del fondo.

—De acuerdo, ahora mismo voy.

Jimmy esperó sintiendo sobre sí las miradas de los tres hombres que se encontraban en la habitación.

Al cabo de un rato oyó la voz fina de Ann.

—¿Sí?

—Soy yo, Holden. Ha sido aceptada nuestra propuesta a cambio del oro. En el edificio de correos. Espérame.

Sin aguardar una respuesta de la joven, Jimmy colgó y volvióse hacia Delahaye.

—Ya está todo en marcha, compañero. Delahaye sacudió la cabeza.

—De acuerdo. Tú, Albert, te quedarás aquí. Joe, Martino y Sergio vendrán conmigo.

—¿Por qué he de quedarme yo? —preguntó Albert.

—Paúl quedó en llamarme sobre el resultado de lo de Milton Williams. No creo que tarde mucho en llamar. Recoge bien el recado y acude luego al edificio de correos. Si no estás allí para cuando hayamos terminado la operación, pasaremos a recogerte. Debemos embarcar enseguida en el yate.

Delahaye se acercó a la mesa, abrió un cajón y sacó una cartera de cuero de gran tamaño, cuya tapa constaba de dos hebillas. Despasó éstas y guardó en el interior de la cartera el paquete que contenía los documentos secretos del plan «Pax Mundi» de la Marina norteamericana. Luego la cerró, hizo una señal a Jimmy y echó a andar hacia la puerta. Joe fue tras ellos.

En el pórtico de la casa estaban ahora los dos hombres que Jimmy había visto en la calle leyendo el periódico. Ambos parecían cortados por el mismo patrón. Eran mal encarados. Viéndolos, Channing llegó a la conclusión de que los dos fulanos serían capaces de degollar a su abuela por conseguir un dólar.

—Nos vamos, muchachos —les anunció Delahaye y después señaló a Jimmy—. No lo perdáis de vista. Nos va a proporcionar mucho dinero pero será mejor que no lo creamos hasta ver la plata. Ve por el coche, Martino.

—Yo he traído el mío —dijo Jimmy.

—Viajará en el nuestro y el suyo se quedará aquí —decidió Delahaye—. Mande luego a alguien por él.

Uno de los lectores del diario, el que respondía al nombre de Martino, de ojos muy separados, bajó del pórtico y dio la vuelta a la casa.

Poco después se oyó el ruido del motor y apareció un sedán negro. Delahaye invitó a Jimmy a que lo precediese.

El asiento posterior fue ocupado por Delahaye, Channing y Martino. Delante iban Sergio, que era el que conducía, y Joe.

El jardinero abrió la verja y el coche se deslizó fuera.

Jimmy viajaba entre Delahaye y Martino. Estaba preocupado por la forma en que habría de arreglárselas para hacerse dueño de la cartera, y más aún, para escapar de aquellos hombres.

—¿Conoces el edificio de correos, Sergio? —preguntó de pronto Delahaye. El hombre sentado al volante respondió:

—Sí, jefe. Ayer mismo vine a echar una carta para mi amigo Rex Brando. El pobre está en un hospital reponiéndose de una cuchillada. Le rajaron la barriga como a un cerdo, y todo porque le gustaron demasiado las piernas de una mujer.

—¿Quieres callarte? —intervino Martino—. Siempre estás sacando a relucir tus tristes historias.

Quince minutos más tarde llegaron al centro comercial de Jacksonville.

El sedán, se detuvo ante una larga escalera que conducía a un edificio cuyas puertas flanqueaban gruesas columnas de mármol.

—Aquí es —anunció Sergio con un frenazo. Todos saltaron fuera del coche.

Jimmy miró escaleras arriba y se humedeció los labios al ver allá en lo alto, cerca de la puerta, a Ann Holden. Ella también lo vio a él, pero enseguida desvió sus ojos.

Channing se dio cuenta de que la joven tenía el bolso en la mano.

—¿Hemos de entrar, Marlowe? —preguntó Delahaye.

—Desde luego —convino Jimmy—. Y será mejor que subamos ahora mismo.

Delahaye volvió a hacer una seña con la cabeza a sus hombres y el pequeño grupo se puso en marcha.

Jimmy caminaba en el centro. A su derecha tenía a Delahaye y a

Joe y a su izquierda a Martino y a Sergio.

Comenzaron a ascender la escalera.

Channing vio que Ann Holden desaparecía dentro del edificio.

Llegados ante la puerta, Delahaye se detuvo enfrentándose con Jimmy.

—Oiga, muchacho —le advirtió—. Será mejor que diga el lugar exacto donde hemos de encontrarnos con su amigo.

—En el Departamento de Apartados.

Delahaye hizo una seña para que Jimmy abriese la marcha y éste se adelantó unos pasos seguido por Martino y los demás.

De pronto, Channing, apenas hubo traspuesto el umbral de la puerta tropezó con una mujer que salía. Ésta era Ann Holden. El bolso de la muchacha cayó al suelo.

—Perdone —dijo Jimmy rápidamente y se agachó cogiendo el bolso.

En estos instantes estaba de espaldas a Delahaye y sus hombres, pero sólo fue por pocos segundas porque inmediatamente Martino se colocó frente a Jimmy.

Channing sonrió a Ann al tiempo que le entregaba el bolso e insistió en su excusa.

—Lo siento.

—No tiene importancia —dijo la joven y salió por la puerta pasando ante Delahaye.

—No está mal, ¿eh? —dijo Joe.

—¡Al diablo con todas las mujeres! —replicó Sergio—. Son como los gatos. Si una se cruza en nuestro camino ya puede descontarse que ocurrirá algo malo.

Martino hizo una mueca.

—Un día me cansaré de toda tu basura.

—¡Basta de palabras! —dijo Delahaye—. Sigamos adelante. Jimmy caminaba ahora con el brazo encogido.

Vio a la derecha, a lo lejos, un pasillo en cuyo primer recodo había unos apartados.

Se dirigió hacia el lugar seguido por Delahaye y sus secuaces.

Channing dobló por el primer recodo y siguió hacia delante. A uno y otro lado del corredor se alzaban las cajas metálicas de los apartados.

Dobló una curva y luego otra. Había algunas personas haciendo

uso de sus llaves personales para retirar la correspondencia de los cajones.

El camino trazaba otro recodo. Jimmy extendió el brazo y de pronto al doblar hacia la izquierda se volvió rápidamente empuñando la pistola de Marty que había sacado del bolso de Ann.

CAPÍTULO VII

Delahaye, Martino, Joe y Sergio quedaron inmóviles, asombrados, viendo el arma que esgrimía el joven.

—¡Maldita sea! —exclamó Delahaye—. ¿No dijisteis que lo habíais registrado?

—Sí —dijo Joe—. No tenía ninguna pistola.

—Está tan claro como el agua —intervino Martino—. Fue la chica con la que tropezó.

—Estupenda conclusión, compañero —repuso Channing—. Pero ahora no vale de nada. Yo tengo la sartén por el mango y eso es lo que importa.

—¿Qué es lo que va a hacer? —preguntó Delahaye.

—Me va a entregar esa cartera, compañero.

—Comprendo. Quiere cobrar los ocho millones por su cuenta.

—No hay un solo dólar por medio, amigo. Este trabajo es gratuito.

—¿Quién es realmente usted?

—El hermano del hombre a quien Doris Evans engañó miserablemente. Delahaye apretó los dientes. Luego dijo:

—Escuche, Channing. Aquí también hay para usted. Podemos volver inmediatamente a la casa de la Avenida de Lexington. El hombre con el que hice el trato debe estar al llegar. Son cinco millones. A usted le corresponderá un buen pellizco. Después de todo, su hermano no traicionó a su país. Simplemente fue burlado. Apuesto a que con un poco de suerte no le salen más de cuatro o cinco años.

Jimmy cruzó la cara de Delahaye con la mano izquierda. El bofetón resonó como el restallido de un látigo.

Delahaye retrocedió un paso y su cara fue perdiendo el color

poco a poco.

—¡Usted es un puerco, Delahaye! —dijo Jimmy—. Lo mismo que todos los que le acompañan. Vivirían mejor en un estercolero. De buena gana le daría gusto al gatillo, pero da la casualidad de que tengo las circunstancias en contra. No debo matar si no es necesario. Usted acertó a medias en lo de que mi hermano no comunicaría a nadie la desaparición de los documentos, pero me lo dijo a mí, sólo a mí. He venido tras ellos desde Miami y mañana estarán otra vez en el lugar que les corresponde, antes de que la Comisión de Control del plan «Pax Mundi» realice su revisión.

—No cante victoria tan pronto —dijo Delahaye—. De aquí a mañana pueden pasar todavía muchas cosas.

—¡Suelte la cartera!

Delahaye sacudió la cabeza en sentido afirmativo y balanceó unos segundos la cartera arrojándola al aire.

En el momento en que Jimmy la cazaba con la mano izquierda, Martino y Joe le embistieron a un tiempo.

Channing pegó un terrible culatazo en la barbilla de Joe, pero Martino logró golpearle en un costado lanzándolo contra la pared metálica de los apartados.

Sergio sacó la pistola de la sobaquera. Jimmy hizo fuego por primera vez. La bala se introdujo por las fosas nasales de Sergio y la cabeza de éste estalló en sangre derrumbándose en el suelo.

Martino hizo un movimiento rápido y propinó un terrible patadón en la mano armada de Channing.

La pistola fue a caer muy lejos.

Delahaye soltó una carcajada. Joe se estaba levantando reponiéndose del golpe recibido.

Desde que empezó el ataque solamente habían transcurrido tres segundos. Jimmy dio su réplica soltando un trallazo en el mentón de Martino, quien rodó como una pelota por el suelo. Pero Jimmy se dio cuenta de algo muy importante. Delahaye estaba introduciendo la mano en el bolsillo interior de su chaqueta en busca de un arma y él no podía correr hacia donde se encontraba la suya porque antes de que lograse apoderarse de ella le alojarían tres o cuatro balas en la espalda.

De pronto surgió una mujer entrada en años polla derecha. Se quedó espantada viendo dos hombres caídos en el suelo, uno de los

cuales tenía la cara bañada en sangre.

Lanzó un grito.

Jimmy dio un salto, colocóse delante de ella y echó a correr.

Delahaye lanzó un juramento porque por unos instantes no pudo hacer fuego, ya que de haberlo hecho sólo hubiese logrado matar a la mujer.

Jimmy dobló otro recodo preguntándose si aquel camino le conduciría a alguna salida o si por el contrario llegaría un momento en que se encontraría ante un muro infranqueable.

Ahora tenía en su poder los documentos cuya restitución supondría la salvación de su hermano, pero le faltaba mucho camino por recorrer para que aquellos planos volviesen al cajón de que habían sido sustraídos en Cabo Cañaveral, si es que había alguna posibilidad de que esto pudiera ocurrir.

De pronto se encontró ante el final del corredor. Era la misma sala de acceso al edificio y a menos de veinte yardas de él vio la puerta ante la que tropezó con Ann Holden.

Siguió corriendo y de pronto se cruzó en su camino un cochecito de niño impulsado por una mujer. Quiso evitar la colisión y se dobló a un lado. Golpeó con el hombro contra una columna y se vino abajo. Soltó una maldición mientras escuchaba el ruido de pasos de sus perseguidores.

Ellos también llegaban al final del pasillo.

Se levantó rápidamente y escondióse tras la columna. Varias personas lo estaban mirando desde diversos puntos.

Martino fue el primero en aparecer. Cuando iba a pasar junto a la columna Jimmy cayó encima de él golpeándole con el dorso de la mano en el cuello.

Martino se desplomó de bruces emitiendo un ronco lamento. Jimmy miró unos instantes el corredor. No se veía a nadie más. Varias mujeres empezaron a dar gritos.

Jimmy pegó un enorme patadón en la mano armada de Martino y sintió que los huesos crujían bajo su tacón. Inmediatamente se agachó y cogió la pistola que Martino había dejado escapar.

Una vez en su poder el arma siguió corriendo hacia la salida, pero antes de que llegase sonó un estampido a sus espaldas. La bala pasó muy cerca de su cabeza y rompió los cristales de una ventana del fondo.

La sala del edificio de Correos se convirtió en un infierno. Los hombres empezaron a correr y las mujeres gritaban histéricamente.

—¡Policía! —gritó una voz.

Jimmy no interrumpió su carrera. Sabía que ahora tenía que contar con la suerte.

Se precipitó por la puerta como una exhalación.

Empezó a descender la larga escalera cuando oyó gritar a Ann Holden.

—¡Aquí, Jimmy! ¡Aquí!

La joven estaba haciendo señales desde la ventanilla de un coche.

Mientras corría hacia abajo se dio cuenta de que el motor del automóvil estaba en marcha. Ella era así, una mujer que pensaba en todo.

La propia Ann le abrió la portezuela. Jimmy se coló dentro e inmediatamente el coche arrancó pegando un salto hacia delante.

Channing volvió la cabeza. Delahaye y Joe salían ya del edificio y corrían saltando de tres en tres los escalones. Martino iba tras ellos renqueando, con una mueca de dolor en el rostro.

—¿De dónde has sacado el coche? —preguntó Jimmy.

—Lo robé.

Channing volvió la cabeza hacia ella.

—Eres un ángel.

—No pensará lo mismo el dueño del automóvil.

—Sí, eso es lo malo. Si la policía nos detiene se sabrá toda la historia y eso es lo que trato de evitar desde un principio. Hemos de llegar a Cabo Cañaveral sin ningún contratiempo.

—Quizá tengamos suerte.

El coche tomó una curva sobre dos ruedas.

—¿Sabes que eres una gran conductora? —dijo Jimmy.

La joven echó una ojeada a la cartera que él mantenía sobre sus rodillas.

—¿Te fue fácil, Jimmy?

—Conté con el elemento sorpresa y eso es lo que siempre rinde beneficios —volvió la cabeza atrás y luego emitió un gruñido mientras miraba a la joven—. Es curioso.

—¿El qué?

—No vienen detrás de nosotros.

—Es posible que ese Delahaye haya decidido abandonar la partida.

—No va con su temperamento. Esta mercancía le valía cinco millones de dólares. Una fortuna con la que podría vivir con lujo oriental durante toda su vida. No me acaba de gustar esa renuncia.



Le cruzó la cara con la pistola.

—¿Y si la policía los ha detenido antes de que pudiesen emprender la persecución?

—Sería demasiado bonito.

Salieron de Jacksonville. Veinte minutos más tarde el coche corría a una velocidad fulgurante sobre la autopista que se extendía como una cinta de plata cerca de la playa.

Tras otra media hora de carrera, la muchacha dijo:

—Se te caen los párpados de sueño, Jimmy. ¿Por qué no intentas dormir? Channing meneó la cabeza en sentido afirmativo.

—Creo que no tendré más remedio que hacerlo.

—No me dejaste relevarte anoche y ahora lo estás pagando.

—Despiértame si observas algo extraño.

—Descuida, lo haré. Anda, apoya tu cabeza sobre mi hombro.

Jimmy aseguró bien la cartera entre sus manos y dobló la cabeza sobre el hombro de la joven.

Pronto se sintió invadido por un dulce sopor y no tardó un minuto en conciliar el sueño.

No supo cuánto tiempo durmió.

De pronto se despertó al oír que Ann lo llamaba por su nombre con grito desgarrado.

—¡Jimmy!

Se enderezó bruscamente abriendo y cerrando los ojos.

—¿Qué pasa?

—¡Allá a lo lejos, en aquella curva!

Ann estaba deteniendo el coche. Continuaban en la autopista. A la izquierda tenían el mar y a la derecha el páramo típico de Florida.

Jimmy se puso la mano sobre la frente, como visera para defender los ojos contra el sol.

Vio un sedán negro detenido junto a una curva a un cuarto de milla. Dos hombres estaban junto al coche y hablaban entre sí.

¡El más alto era Delahaye y el otro Albert!

CAPÍTULO VIII

—¡Han corrido más que nosotros por otro lado! —exclamó Jimmy —. ¡Da la vuelta, rápido!

Ann maniobró eficazmente con el automóvil y puso la proa en dirección al camino que hasta entonces habían traído.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Jimmy cuando el coche arrancaba hacia delante.

—Hace un momento hemos dejado atrás Daytona Beach.

—¡Esto sí que es una contrariedad! Con una hora más de viaje nos hubiésemos encontrado a salvo. Le dije a mi hermano que me esperase en Titusville. Él se hospeda allí porque está solo a unos minutos de Cabo Cañaveral.

Jimmy volvió la cabeza. El sedán se ponía en movimiento tras ellos.

—No tendremos más remedio que recurrir a la policía, Jimmy —dijo la muchacha—. Por cierto que vi muchos en Daytona Beach. Están celebrando allí una feria de ganado.

Jimmy se mordió el labio, pensativo.

—Feria de ganado —repitió—. Podía resultar.

—¿El qué, Jimmy?

—En una feria de esa índole debe haber mucha gente.

—Desde luego. Pasamos por un montículo y eché una ojeada. Había miles de personas y ésta es la hora en que empieza a concurrir más público.

—Podía resultar un buen lugar para escabullirse. ¡Pisa a fondo el acelerador!

¡Hemos de mantener la delantera!

La aguja del velocímetro saltó casi bruscamente de las setenta millas a las ochenta.

Pero el sedán apretaba lo suyo y había logrado disminuir la distancia que los separaba.

A lo lejos se divisó una curva.

—A la vuelta está Daytona Beach —anunció Ann.

—¡Animo, pequeña!

En aquel instante sus perseguidores empezaron a disparar. Una bala agujereó la carrocería con un siniestro crujido metálico. Seguidamente otra disparada con más puntería penetró por el ventanal trasero y volvió a salir por el parabrisas, justamente por un punto intermedio entre los dos jóvenes.

Se iban acercando poco a poco a la curva. Si la conseguían doblar ilesos, aumentarían sus posibilidades de sobrevivir.

—Con tal de que no acierten en un neumático —comentó Jimmy.

De pronto se decidió. Sacó la pistola y saltó del asiento delantero al de atrás.

Apuntó al sedán que se iba acercando peligrosamente. Su bala también perforó el parabrisas del coche negro y produjo en su interior tal conmoción que el vehículo fue de un lado a otro de la carretera, en zigzag sobre dos ruedas, pero el conductor logró hacerse de nuevo con el volante.

—¡Estamos llegando, Jimmy! —dijo Ann.

Channing apuntó otra vez, y apretó el gatillo, pero esta vez falló.

Le replicaron los *gangsters* haciendo fuego y en esta ocasión la bala, penetrando otra vez por la ventanilla, fue a mordisquear en el asiento donde minutos antes había estado Jimmy.

Al darse cuenta de que de haber seguido allí ahora estaría muerto, Channing lanzó un silbido.

—Me he librado de buena.

—Atención, voy a doblar —dijo Ann.

El coche empezó a girar. La carrocería crujió y por unos momentos pareció que el vehículo saldría lanzado de la carretera. Los neumáticos chirriaron.

Jimmy fue despedido hacia un lado golpeando la cabeza contra una portezuela.

Creyó que aquello sería el final.

Ann había tomado la curva a excesiva velocidad.

Siguieron oyendo un rato los crujidos y de pronto, el

encabritado coche se doblegó a la voluntad de la persona que lo conducía. Ann Holden.

Jimmy lanzó un grito de triunfo enderezándose del piso donde había caído y cogiendo la cabeza de Ann entre sus manos la besó en los labios.

Ella protestó sonriente.

—Cuidado, a ver si nos matamos ahora. Mira, ahí tenemos la feria.

A un cuarto de milla se levantaban los tinglados donde se estaba celebrando el concurso. Las primeras casas de Daytona Beach se veían un poco más allá.

Ann condujo el vehículo a una pequeña pradera en donde había aparcados varios miles de coches.

Inmediatamente saltaron fuera.

Jimmy cogió de la mano a la joven y echaron a correr.

A la puerta del recinto de la feria se aglomeraba la gente. Jimmy volvió la cabeza.

En aquel instante estaba llegando el sedán a la playa de estacionamiento. Las portezuelas se abrieron. Cinco hombres saltaron del vehículo. Al frente de ellos estaban Delahaye, detrás Martino con una mano vendada, Joe, Albert y otro hombre que Channing reconoció enseguida. Era el rubio de cuello largo que había recogido el paquete de manos de Milton Williams en «La Gaviota Azul».

—¿Qué vamos a hacer, Jimmy? —preguntó Ann.

—Burlarlos.

—¿Y si no lo conseguimos?

—Sigo teniendo una pistola.

Se dejaron llevar por los empujones del público y poco después se encontraban dentro del recinto feriado.

El suelo estaba cubierto por un césped verde claro.

Habían levantado empalizadas y tras los maderos se exhibían las reses.

Los espectadores formaban grupos ante los ejemplares de más calidad. Había vendedores de revistas de ganadería y agentes suscriptores que asediaban al público ofreciendo su mercancía a precios ridículamente bajos.

Jimmy, llevando siempre de la mano a Ann, consideró que lo

más importante para ellos, de momento, era adentrarse en el recinto.

Al fondo, hacia la izquierda, no faltaban las atracciones, el tobogán, la rueda del infierno y un sinfín de artilugios listos para deparar emoción a cuantas personas quisieran desembolsar veinticinco centavos.

Jimmy y Ann corrieron hacia aquel lugar. El joven sacó dos boletos para la montaña rusa.

—Nos servirá de observatorio —dijo Jimmy.

Ocuparon uno de los vehículos que corrían sobre carriles e instantes después el aparato mecánico se puso en marcha.

En el primer descanso Ann Holden lanzó un grito, afectada por el vértigo, pero enseguida empezó a reír.

Jimmy la apretaba contra sí y podía sentir el aroma de sus cabellos y el roce del bello rostro femenino con el suyo.

—Creo que todavía no te he dicho que eres maravillosa, Ann. La muchacha lo miró a los ojos.

—¿Vas… vas a declararte?

—Sí.

—¿Aquí, Jimmy?

—Debí hacerlo antes, pero estaba preocupado.

—¿Y ahora, no?

Él la atrajo contra sí y la besó con suavidad en los entreabiertos labios. Ann se había olvidado del vértigo y de la velocidad.

Cuando se separaron, ella miró hacia abajo y gritó:

—¡Jimmy!

—¿Qué ocurre?

—Míralos allí. Nos están buscando. Channing vio a los lobos reunidos.

Delahaye estaba dando órdenes. Faltaba Martino, quien indudablemente se debía haber quedado en la puerta para evitar que pudiesen escapar. Todos escondían las manos en los bolsillos y Jimmy podía estar seguro de lo que guardaban en ellos.

Delahaye levantó la cabeza en aquel momento.

Jimmy cogió rápidamente a Ann entre sus brazos y la besó fuertemente en la boca.

De esta forma era imposible que Delahaye los pudiese distinguir.

Permanecieron así un rato, muy unidos.

Se separaron lentamente y ella dijo como sumida en un trance:

—Oh, Jimmy. ¿Dónde lo aprendiste?

Él le golpeó suavemente con el puño en la barbilla.

En aquel instante el vehículo se detuvo al final de su trayecto. Los dos jóvenes saltaron fuera.

Jimmy se acercó a un hombre que mostraba el ojal una tarjeta que lo acreditaba como uno de los expositores de la feria.

—Oiga, amigo —llamó su atención—. ¿No hay alguna otra salida que no sea la puerta principal?

El interpelado, un hombre de nariz muy grande y rostro de facciones simpáticas, señaló con el dedo índice por encima de su hombro, hacia atrás.

—Tendrán que hacerlo por el lugar que entraron los animales —soltó una carcajada en el íntimo convencimiento de que sus palabras constituían una prueba de su ingeniosidad—. Yo voy para allá ahora y puedo acompañarles.

—Muy agradecidos —dijo Jimmy.

Se pusieron a andar junto al hombre, el cual siguió diciendo:

—Me llamo Abraham, como el Presidente, pero mi apellido es distinto. Smith. ¿No han oído hablar de mí?

—No —contestó sinceramente Channing.

—Bueno, eso será hoy. Voy a ganar el primer premio de la Sección Especial.

Presento unos ejemplares únicos. ¿Oyó alguna vez hablar de los Clarington?

—¿Los millonarios de Nueva York?

—No, hombre, se trata de toros. Los llevaron, los normandos a Inglaterra en una de sus invasiones, y no crea que fue para aprovecharse de su carne. Los utilizaron para dominar a los celtas. ¿Y sabe cómo?

—No tengo la más ligera idea. Abraham Smith se detuvo.

—Oiga, ¿pero usted qué es?

Jimmy creyó oportuno halagar la vanidad del expositor.

—Periodista del «Tribune Independiente» de Nueva York. Abraham Smith se echó el sombrero hacia atrás y lanzó un silbido.

—¡Estupendo! —exclamó—. Pues oiga usted esto: Los Clarington eran unos toros salvajes. Los normandos los lanzaron contra los celtas. Los animales se encargaban de abrir brecha y luego llegaban

sus amos y remataban la faena. Los toros Clarington fueron perdiendo belicosidad transformándose en animales domésticos. Muchos ganaderos han intentado revivir la locura que poseían aquellos bichos.

—Muy curioso.

—Durante varias centurias se ha repetido el intento de resucitar un toro Clarington, pero todo el mundo fracasó. Yo lo he conseguido, amigo, y no con uno solo, sino con cinco. Eso es. —Abraham Smith se pegó una palmada en el pecho—. Yo he logrado lo que nadie ha podido hacer —se detuvo ante una empalizada—. ¡Admírelos! ¡Ahí los tiene! ¡Cinco auténticos toros Clarington! ¡Cinco bestias feroces!

Jimmy y Ann se detuvieron contemplando las reses que había detrás de la empalizada. Eran como bueyes de cuernos retorcidos y dormitaban al sol, algunos de ellos tendidos en la hierba. Daban la impresión de que se trataba de animales completamente dóciles.

—Oiga, señor Smith. —Jimmy se pellizcó la barbilla—. ¿Y qué fin ha perseguido con resucitar el puro toro Clarington?

—Pienso colocarlos en los rodeos. El *cowboy* que consiga mantenerse un minuto sobre el lomo de un bicho de esa clase es que es un superhombre.

Jimmy observó otra vez los animales que había dentro de la empalizada.

—¿Y está usted seguro de que ha conseguido devolver a esa raza su primitiva belicosidad?

—Tírese dentro y lo comprobará.

—Oh, no, no puedo hacerlo. Abraham Smith soltó una carcajada.

De pronto Channing sintió que Ann le apretaba con fuerza la mano.

—¡Cuidado, nos han visto, Jimmy!

Channing se volvió rápidamente en la dirección que le indicaba la joven.

Efectivamente, Delahaye y Albert habían surgido por un camino de la derecha y se habían detenido, observándolos.

Una sonrisa de triunfo distendía los labios de Delahaye.

—Gracias por sus informes, señor Smith —dijo Jimmy rápidamente—. Y espero que gane ese primer premio de la Sección

Especial.

Fue a doblar hacia la izquierda llevándose a Ann consigo, pero de pronto se detuvo otra vez, observando que aquel camino lo tenía cerrado porque allá, a veinte yardas, se encontraba Joe.

Había llegado la hora final. Estaba cogido, atrapado.

CAPÍTULO IX

Channing atrajo contra sí instintivamente la cartera que contenía los documentos.

Luego su mano izquierda fue al bolsillo y acarició la culata de la pistola que había quitado a Martino.

Delahaye y sus hombres sabían que él también estaba armado y que por tanto, en última instancia, aun cuando a él no le conviniese, se decidiría a matar.

Pero ellos tampoco vacilarían en apretar el gatillo si consideraban que las circunstancias le eran favorables. No podían perder cinco millones de dólares y el dinero estaba allí, al alcance de sus manos.

Jimmy se volvió hacia Abraham Smith. Ahora pensó que debía hacerle otras preguntas.

—¿Cuánto tiempo le ha costado conseguir sus ejemplares?

No apartaba la mirada de Delahaye, quien se estaba acercando en compañía de Albert. Joe también se había puesto en marcha.

Ann subió la mano rápidamente cogiéndose del brazo de Channing y éste sintió que ella se estremecía.

—Doce años —contestó Smith—. Y lo peor no es eso. Para saber si iba por buen camino, cuando conseguía un ejemplar lo tenía que someter a una prueba. ¡Y yo mismo fui el conejillo de indias! El doctor Roberts, de Daytona Beach, conoce bien mi cuerpo. Esas reses me pegaron dos buenos cornadones. La primera vez me tuvieron que dar siete puntos y la segunda cinco.

—¿Sí? —interrogó Channing sin perder de vista a sus enemigos que iban acortando la distancia poco a poco.

—Una de las heridas fue en la pierna, y la otra… —Smith sonrió meneando la cabeza en una pausa embarazosa—. Está en una parte

que no puedo mencionar. La que sirve para sentarse.

Jimmy y Ann rieron ficticiamente.

Channing hizo un saludo con la mano a Abraham y cogió a Ann del brazo encaminándose hacia donde se hallaba Joe. Éste los vio llegar entre el público y trató de acercarse al punto por donde ellos pasarían.

Channing puso a Ann a su derecha por sí acaso Joe se atrevía a disparar. De pronto lo perdió de vista.

La joven volvió la cabeza.

—Vienen detrás de nosotros.

De momento Channing sólo se preocupó por Joe a quien seguía sin descubrir por ninguna parte.

Habían llegado a un punto en que la gente se había agrupado alrededor de una res que debía ser un ejemplar único a juzgar por las exclamaciones que se sucedían.

Jimmy vio a Joe muy cerca de él. Sus ojos se encontraron y Channing leyó en los ojos de aquel hombre el deseo de matar.

Jimmy dio un gran empellón a la persona que tenía delante y por unos segundos se produjo un claro. Entonces pudo ver lo que tenía Joe en la mano: un cuchillo de afilado acero. El plan era bueno. Joe lo hubiese matado sin que nadie se diese cuenta. Una pequeña incisión en un costado y cuando él se hubiese sentido morir habría aflojado la mano con que sujetaba la cartera.

Joe se dio cuenta de que sus intenciones habían sido descubiertas y se abalanzó sobre Channing llevando el cuchillo por delante.

Jimmy echó atrás a Ann. Luego se valió de la cartera que contenía el plan «Pax Mundi» para librarse de la acometida de Joe.

El cuchillo hizo un corte en el cuero. A renglón seguido Channing conectó un puñetazo en la mandíbula de su agresor y dio con él en tierra.

Instantáneamente la gente empezó a chillar tratando todos de alejarse lo más posible de los protagonistas de la pelea. Pero Jimmy no estaba dispuesto a proseguirla.

Delahaye y Albert avanzaban presurosos por entre el público.

Joe quedó insensible en el suelo mientras los jóvenes reemprendían la huida. Inmediatamente los espectadores formaron un grupo alrededor de Joe, formándose una gran barrera.

Jimmy se dio cuenta de que de aquella forma conseguiría aumentar la distancia que los separaba de Delahaye y sus compinches.

—Estamos llegando al final —dijo Ann—. Ya veo allá la puerta trasera.

Pero cuando avanzaron unas cuantas yardas más sus esperanzas quedaron frustradas. Junto a la puerta trasera se encontraba el rubio de cuello largo.

Delahaye le había hecho dar la vuelta porque él también debió de informarse de que existía otra salida.

Sin detenerse un instante Jimmy tiró otra vez de Ann. Doblaron por un recodo alejándose de aquel lugar.

Channing se dio cuenta de que avanzaba demasiado aprisa cuando oyó a sus espaldas la respiración entrecortada de Ann. Detúvose y giró hacia ella.

—Te complicaste demasiado la vida viniendo conmigo, muchacha. Ella le sonrió.

—Todo lo doy por bien empleado. Siempre pensé que Diana acabaría por tener razón —hizo una pausa—. Y palabra que no me gustaba nada el dependiente de la esquina a que se refería ella. Es el hombre más creído que he conocido en mi vida. Está convencido de que conquista a una mujer con una sola mirada.

Jimmy sabía que Ann hablaba para quitar importancia a la comprometida situación en que ambos se encontraban. Era una chica animosa.

La atrajo junto a un aparato automático sobre cuya parte frontal se anunciaba que por diez centavos cualquier persona podía conocer su porvenir.

—Escucha, Ann. No podemos seguir juntos. Ella hizo un gesto de perplejidad.

—¡No, Jimmy!

—Contigo no tienen nada, muchacha. Te será fácil salir del recinto. Luego sólo tendrás que dirigirte a Daytona Beach y tomar el autobús que se dirige a Miami. Te daré dinero para el billete.

—¡No pienso marcharme de tu lado, Jimmy!

—No tienes más remedio que hacerlo. —Channing apretó los labios—. Yo te lo ordeno, Ann.

La joven pareció a punto de llorar.

—Esos hombres te van a matar.

—Soy mucho más duro de lo que ellos suponen.

—No trates de convencerme. Sé lo duro que eres, pero ellos se han propuesto apoderarse de esos papeles a cualquier precio. Es lo único que les importa, Jimmy. No te han matado aún porque aquí hay mucha gente y no se les ha presentado la oportunidad. Tú lo sabes bien.

—Me estás haciendo perder un tiempo precioso, Ann. Nos reuniremos en Miami.

Pierde cuidado.

—Tú no volverás nunca a Miami.

Jimmy metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó unos cuantos billetes. Se quedó unos instantes mirando a los ojos húmedos de Ann y de súbito le cogió la diestra y le puso el dinero sobre la palma.

—Hasta la vista, Ann.

La besó en la comisura de los labios, giró sobre los talones y echó a andar separándose de ella.

Cinco yardas más allá se detuvo de repente y volvió la cabeza. Ann seguía allí, inmóvil, mirándolo, y en sus mejillas brillaban las lágrimas.

Reanudó la marcha y ya no se volvió más. Un hombre se interpuso en su camino.

—Oiga, ¿quiere un bonito regalo para la esposa, la hermana o la amiga?

Jimmy observó el objeto que le mostraban. Era una caja rectangular de cartón con la tapa de plástico transparente. En su interior había un muñeco.

Apartó de un manotazo al hombre mientras decía al vendedor:

—¿Para qué quiero yo eso?

Siguió su camino, pero de repente se detuvo. Dio media vuelta rápidamente y acercóse al hombre que vendía las muñecas.

—¿Qué vale? —preguntó con ansiedad.

—Sólo un dólar cincuenta centavos, caballero. Es el regalo más bonito que usted puede ofrecer.

—Me quedo con uno.

—Espere un momento y se lo envuelvo.

El vendedor hizo un gesto para acercarse a su tenderete, pero

Jimmy lo cogió de un brazo.

—No es necesario que lo haga —se buscó en el bolsillo, sacó el dinero y pagó el importe de su compra.

Inmediatamente cogió la caja con el muñeco y echó a andar rápidamente retrocediendo hacia el lugar donde se había separado de Ann, pero una vez allí no encontró a la joven.

Miró a un lado y otro y pronunció dos o tres veces su nombre, en voz alta, a gritos, pero su llamada quedó sin respuesta.

Detrás del aparato automático que adivinaba el porvenir no había nadie. Púsose de rodillas dejando la caja con el muñeco en el suelo. Luego abrió rápidamente la cartera y sacó el paquete que contenía los documentos de la Marina. Deshizo el nudo del bramante, quitó el envoltorio de papel dejando al descubierto la caja, y guardó ésta en el bolsillo interior de su americana. Luego envolvió la que contenía el muñeco. Una vez atado el bramante se percató de que el paquete era exactamente igual al que había sacado de la cartera. Lo volvió a guardar en ésta y pasó las hebillas. Finalmente se puso en pie. Echó una ojeada a su alrededor cerciorándose de que su trabajo no había sido observado por alguno de los hombres que le perseguían.

Contempló el techo del aparato automático. Estaba por encima de su cabeza. Sacó la caja que contenía los planos del proyecto «Pax Mundi» y después de echar otra mirada en su contorno lo colocó arriba. Retiróse unos pasos para observarlo desde distintos puntos, comprobando que no era visible.

Finalmente empezó a alejarse de aquel lugar.

De pronto lo que vio a lo lejos lo hizo estremecer de la cabeza a los pies. Delahaye estaba hablando con Ann Holden mientras Albert asía de un brazo a la joven.

CAPÍTULO X

Ann Holden negaba con la cabeza a lo que decía Delahaye. Estaban preguntándole por él, Jimmy. De eso no cabía duda. Channing se mordió el labio inferior, pensativo.

Un poco más allá vio a Abraham Smith, el cual, cerca de la empalizada donde encerraba sus reses, contaba las excelencias de éstas a un grupo de curiosos.

De pronto una idea iluminó su mente y con paso lento se acercó al lugar donde se encontraba Delahaye.

Vio que Joe surgía por la derecha.

—¡Maldito! Ahora te tengo cogido —oyó que exclamaba.

Jimmy le dio con más rapidez a las piernas porque no le interesaba de momento otra pelea con Joe.

Delahaye lo vio llegar y lo recibió con el ceño fruncido. Ann mostró en su semblante un gesto de sorpresa.

—¡Jimmy! —exclamó.

—¿Cómo estás, pequeña? —dijo el joven.

Delahaye observó la cartera que Channing conservaba en la mano.

—¿Se da cuenta de que no le queda ninguna escapatoria, Channing?

—Es lo que usted cree —respondió Jimmy con jactancia. Delahaye enseñó los dientes como si fuese a dar una dentellada.

—Estamos decididos a todo, Channing. Esos papeles nos costaron mucho trabajo y son nuestros. De nadie más.

—Pero ahora los tengo yo.

—Sólo los va a conservar durante unos segundos. Muy pocos.

—¿Y eso?

Delahaye señaló a Ann.

—Sería una lástima que a una joven tan bonita le ocurriese un accidente. ¿No le parece, señor Channing?

—Póngale la mano encima y lo hago pedazos —exclamó Jimmy. Delahaye soltó una risita.

—Usted no está en situación de hacer pedazos a nadie, Channing. Acabó de huir. Ahora lo tenemos cogido y si siente algún interés por la muchacha suelte de una vez esa cartera.

—¿Qué condiciones ofrece? Delahaye sonrió abiertamente.

—No me equivoqué al pensar que usted se interesaba por ella.

—¡Déjese de historias! Le he preguntado las condiciones.

—Nos hacemos cargo de la cartera y ustedes dos salen de aquí por su propio pie, con mi bendición.

Joe lanzó una risita.

—Eso de la bendición está bien, jefe. Channing hizo una mueca.

—Muy gracioso, Delahaye, pero su oferta anterior fue más generosa. Habló de que yo me llevaría un buen pellizco.

—Perdió su oportunidad, amigo.

—Es una verdadera pena —dijo Jimmy sacudiendo la cabeza. Delahaye entrecerró los ojos y alargó el brazo.

—La cartera, señor Channing. Hubo unos instantes de silencio.

Jimmy contempló la cartera durante un momento.

De pronto la arrojó por encima de la cabeza de Delahaye lejos de donde ellos estaban. Delahaye soltó una maldición.

Todos siguieron con la mirada la trayectoria de la cartera, la cual fue a caer dentro del recinto donde se encontraban los toros Clarington, de Abraham Smith.

Inmediatamente Jimmy pasó a la ofensiva.

Dirigió su primer puñetazo contra Delahaye, a quien alcanzó en el estómago.

Joe estaba preparado contra cualquier contingencia y se abalanzó sobre Channing. Éste se volvió a tiempo de evitar que Joe le golpease en la cabeza con una cachiporra e inmediatamente tumbó a su agresor de un terrible trallazo en el maxilar inferior.

Albert tampoco se estuvo quieto. Descargó un mazazo en la clavícula de Jimmy, el cual se desplomó de rodillas en el suelo.

La gente empezó a darse cuenta del combate que se estaba celebrando. Ann Holden preguntó nerviosa:

—¿Qué hago, Jimmy? ¿Quieres que avise a la policía? Channing

contestó al tiempo que se levantaba:

—No, muchacha. Esto lo acabo yo.

Delahaye tragó aire con las fauces abiertas y dijo:

—¡Mantenedlo a raya! Yo iré por la cartera.

Joe, que ya se había levantado, y Albert, atacaron simultáneamente a Jimmy, quien recibió varios puñetazos seguidos en distintas partes del cuerpo, aunque él también envió unos cuantos.

Abraham Smith y los curiosos que habían estado observando los toros Clarington perdieron todo interés por éstos y acercáronse al lugar en que se desarrollaba la pelea.

—¡Intervenga usted, señor Smith! —dijo Ann Holden.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —preguntó el ganadero. Jimmy recibió un golpe en el hígado que lo hizo trastabillar.

—¡Caramba! —exclamó Abraham Smith—. ¡Si es mi amigo el periodista! En aquel instante Channing alcanzó el maxilar de Albert con un directo.

Los espectadores habían formado un círculo y naturalmente estaban a favor del joven que luchaba en inferioridad.

Abraham Smith dijo:

—¿Necesita ayuda, amigo? Channing negó con la cabeza.

De pronto a espaldas de los espectadores se oyó un fuerte rugido. Abraham Smith frunció el ceño y volvió la cabeza.

Dio un salto para observar por encima del público que tenía delante y cuando volvió a caer a tierra su rostro empalideció.

—¡Eh, usted! —gritó—. ¿Es que se ha vuelto loco? ¡Un hombre se ha metido en mi corral!

Braceó entre el público y automáticamente los espectadores se volvieron también.

—¡Lo va a destrozar! —gritó Abraham Smith.

Jimmy aunó todas sus fuerzas y colocó un puñetazo entre los dos ojos de Albert quien quedó inmóvil y se desplomó como herido por un rayo.

Luego se enfrentó con Joe, el cual se había colocado una manopla de acero en la mano.

—¿Por qué no va a echar una mano a su jefe, Joe? —dijo Jimmy —. Se ha metido en un buen lío. El tipo que presenta esos toros en la feria dice que son bestias feroces.

Joe frunció el ceño con la boca abierta, babeando.

—Sí, Joe —siguió diciendo Channing—. Delahaye se ha ido a recoger la cartera donde están los documentos que valen los cinco millones.

Joe se pasó una mano por la cara mientras parpadeaba y de pronto giró sobre sus talones y se abrió paso entre el público dirigiéndose a la empalizada.

Ann Holden corrió hacia Jimmy, quien a punto de caer exhausto se sostuvo abarcando a la muchacha por la cintura.

—¡Jimmy! —exclamó—. ¿Cómo estás?

—De primera, muchacha, acerquémonos ahí. No me lo quiero perder.

Echaron a andar y dando empujones a un lado y otro pudieron llegar a la primera fila de la empalizada.

Abraham Smith gritaba con voz de trueno:

—¡No se mueva, amigo!

Delahaye estaba inmóvil a dos pasos de la cartera que había sobre el césped. Los toros Clarington estaban más allá y uno de ellos pateaba con las pezuñas la tierra, la cabeza agachada.

—¡Retroceda! —gritó Abraham—. ¡Hágalo lentamente, paso a paso!

Pero Delahaye siguió inmóvil unos instantes y luego, en lugar de retroceder, dio un paso hacia delante acercándose a la cartera.

—¡No haga eso! —exclamó Abraham.

—¡Vuélvase, Delahaye! —gritó Jimmy mordiéndose el labio inferior. El jefe de los *gángster* dio otro paso adelante.

—¡Escuche, Delahaye! ¡Esa cartera no contiene lo que cree! ¡No vale nada! Delahaye volvió un instante la cabeza y dijo:

—No me engañará otra vez.

Empezó a agacharse y tocó con la mano el suelo.

—¡Por lo que más quiera! —exclamó Abraham—. ¡Vuélvase inmediatamente o no podrá contarlo!

Dos toros Clarington que estaban tendidos en el suelo se levantaron.

Las demás reses estaban en pie mirando al hombre que había osado introducirse en su compartimento.

De pronto, el toro que había golpeado en el suelo con las pezuñas atacó.

Sam Delahaye lanzó un grito de pánico en el momento en que la res llegaba a su lado.

Entre los espectadores se produjo una gran conmoción, agujereando la atmósfera los gritos histéricos de las mujeres.

Delahaye trató de incorporarse, pero con ello solo consiguió facilitar la embestida de la bestia.

Salió lanzado por el aire y cayó en el suelo. Instantáneamente atacaron los demás toros.

—¡Maldita sea! —exclamó Abraham Smith—. ¡Ya se lo advertí!

Jimmy cogió del brazo a Ann Holden y la sacó de allí para evitarle el cruel espectáculo. La gente corría de todas partes aceitándose al lugar del suceso.

Los dos jóvenes echaron a andar. De pronto ella se detuvo.

—¡La cartera, Jimmy! Él sacudió la cabeza.

—Era cierto lo que le dije a Delahaye. Pudo salvarse. La cartera no contenía nada de valor. Solamente una caja con un muñeco.

—¿Quieres decir…?

—No tuve más remedio que hacerlo. —Jimmy señaló el aparato automático que adivinaba el porvenir.

—La caja con los planos está allí arriba.

La joven empezó a sonreír y de pronto dijo:

—¿Y los otros? ¿Joe, Albert?

El joven miró hacia la izquierda y observó a Albert y a Joe, quienes corrían apresuradamente hacia la salida de la feria. El primero llevaba la cartera en la mano. Mientras los toros acababan con su jefe alguno de ellos saltó para apoderarse del supuesto tesoro.

—Allí tienes la respuesta —contestó Channing, y cuando ella siguió la dirección de su mirada explicó—: Ellos creen que por fin han conseguido los documentos secretos. Estarán contentos de que haya muerto Delahaye. Así habrá más dinero a repartir. Tendrán tantas ganas de cobrar la mercancía que apuesto a que no abren la cartera hasta llegar a Jacksonville.

Llegaron ante el aparato automático y Jimmy saltó, pero cuando volvió a caer en el suelo su mano estaba vacía.

Miró asombrado a Ann. En seguida volvió a saltar, apoyándose esta vez en el techo. Su mano derecha recorrió todo el espacio infructuosamente. Luego volvió a dejarse caer en el suelo.

—¡No está! ¡Ha desaparecido!

—¡Por todos los santos del cielo, Jimmy! —exclamó la joven—. ¡No puede ser! ¿No has dicho que los dejaste ahí?

—¡Estoy completamente seguro!

—¡Y pensar todo lo que hemos arriesgado para llegar a esto! —gimió.

—¡Jimmy! —lo llamó ella.

—¿Qué ocurre?

—¿No te habrás equivocado de lugar? Allá a la derecha hay otro aparato como éste. Jimmy miró en la dirección que le indicaba ella y se quedó inmóvil, arqueado el cuerpo, humedeciéndose los labios con la lengua.

De pronto cogió a la joven por la mano y echaron a correr.

Llegados ante el horóscopo metálico dio un salto por la parte de atrás hacia el techo y soltó un grito de triunfo cuando su mano tocó la caja.

La cogió rápidamente y apretóla contra su pecho.

—¡Aquí está, muchacha! —exclamó mientras daba un suspiro de alivio.

Epílogo

El coche corría veloz hacia Titusville, cerca de Cabo Cañaveral. Eran las nueve de la noche.

Jimmy conducía el volante y Ann recostaba su cabeza sobre su hombro.

—Querido —murmuró ella.

—¿Qué, Ann?

—Me estaba diciendo que vamos a tener una vida muy emocionante si continúas siendo detective privado.

—Oh, no. Tú te quedarás en casa cuidando a los pequeños.

—¿Con mi carácter? ¿Crees que voy a dormir por las noches cuando estés realizando algún servicio?

—Estás influenciada por todo lo que nos ha ocurrido en las últimas veinticuatro horas, desde que nos conocimos. Un detective privado no tiene necesidad de jugarse la vida a cada momento. La mayor parte de su trabajo no es tan peligroso como parece.

Viajaban en un coche alquilado en Daytona Beach.

Desde una estación de servicio habían telefoneado a Jacksonville para que recogiesen el coche de Diana, el cual les sería conducido a Miami por un mecánico. Todos los gastos corrían a cargo de Jimmy.

De pronto la obscuridad de la noche, a lo lejos, fue taladrada por un gran fogonazo. Un proyectil cohete comenzó a ascender la atmósfera.

Jimmy frenó bruscamente el coche.

Los dos jóvenes quedáronse mirando el proyectil que surcaba el espacio. Ella murmuró:

—Estoy orgullosa de ti, Jimmy.

—¿Por lo que he hecho?

—Sí, y por tu modestia. Esta noche esos documentos volverán al sitio de donde fueron robados y nadie en el país sabrá lo que ha estado a punto de ocurrir.

La aureola de fuego que acompañaba al proyectil fue haciéndose cada vez más pequeña y entonces Jimmy Channing dejó de mirar al cohete y observó el rostro de la muchacha que tenía entre sus brazos.

—Creo que te lo empecé a decir en la montaña rusa.

—¿El qué, Jimmy?

—Eres una chica maravillosa… Simplemente eso. Maravillosa.

—¿Nada más? ¿Eso es todo?

—No. He de decirte muchas más cosas, pero las dejaremos para después. Ahora…

—¿Ahora, qué? —preguntó la joven y quedó con los labios entreabiertos. Él, por toda respuesta, la apretó contra sí y la besó fuertemente en la boca.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).